



AÑO III. TOMO V

MADRID 23 DE ABRIL DE 1879

NÚMERO 15

SUMARIO

TEXTOS

Los grandes trabajos contemporáneos. El túnel del Simplon. Por *Ricardo Becerro de Bengoa*.—La inteligencia de las hormigas. Por *Santiago Arambilet*.—De algunas palabras y frases anticuadas que aún son de uso corriente en la provincia de Salamanca. Por *Rafael Luña*.—El fuego del cielo. Por *Cecilio Navarro*.—Cuadros del natural. Escenas Populares. Por *doña Margarita Van Halen y Corradi*.—La primera cana. Contrastes. (Poesías). Por *Augusto Jerez Perchet*.—La Amistad. (Soneto). Por *Jesús Cencillo*.—Recuerdos. (Poesía dedicada á la distinguida señora D.^a Eulalia Flores de García). Por *Juan de Dios Peza*.—Dama veneciana del siglo xvi. — Una rosa en peligro. — La florera de Trieste. — Noche toledana. — Retrato de Cervántes. — Joven rumana. Episodio de la guerra de Oriente. — Manicomio de Leganes. — S. Antonio de la Florida.

GRABADOS

Dama veneciana del sig.^o xvi. Retrato por *Cárls Becker*.—Una rosa en peligro. Cuadro de *Cárls Herpfer*.—La florera de Trieste. Cuadro de *Gustavo Shauer*.—Una noche toledana. Composición de *Ricardo Balaca*. Grabado de *Celestino Saldurni*.—Miguel de Cervántes Saavedra. Dibujo de *García*. Grabado de *Gómez*.—Episodio de la guerra de Oriente. Joven rumana. Dibujo del pintor *Letre*. Grabado de *Masi*.—España pintoresca. Leganes. Vista exterior del Manicomio. Dibujo de *F. S. Amat*. Grabado de *Sierra*.—Antonio Robert, maestro de obras. Fallecido en Barcelona el 11 de Julio de 1878. — España pintoresca. Madrid. S. Antonio de la Florida. Dibujo de *Sala*. Grabado de *Sierra*.—Bellezas del arte suntuario español. Puerta superior de la escalera del palacio de *Mossen Sorell*, en Valencia. Dibujo de *Asenjo*, Director de la Escuela de Bellas Artes de Valencia. Grabado de *Paris*.



DAMA VENECIANA DEL SIGLO XVI — RETRATO POR CÁRLOS BECKER

LOS GRANDES TRABAJOS CONTEMPORÁNEOS

EL TÚNEL DEL SIMPLON (1)

La formidable barrera de los Alpes, que las generaciones han cruzado durante tantos siglos en el trato de la Europa central con la meridional, escalando sus escarpados pasos y mortíferos puertos tapizados de nieves eternas, tendrá abiertos bien pronto tres gigantes portillos, por los que las naciones se comunicarán, y que por sí solos, dado lo que su apertura y realización significan, bastarían para honrar á un siglo. En las tres direcciones más determinadas que los Alpes marcan: en la del mar hasta el monte Blanco y el San Bernardo; de S. á N., en la del San Bernardo al Simplon de O. á E., y en la del San Gotardo á la primera cuenca del Rhin, de S. O. á N. E., han determinado las necesidades de los grandes pueblos europeos, la perforación de otros tantos túneles, que pongan en comunicación férrea respectivamente y por el trayecto más corto posible, las costas del O. y provincias del M. de Francia y de toda la España interior y Portugal con Italia, por el túnel del Monte Cénis; y el centro y E. de Francia, Inglaterra y los Países Bajos con los puertos del Mediterráneo por el del Simplon, y la Alemania con el N. de Italia y el Adriático por el de San Gotardo. Tremenda y hasta temeraria era la empresa iniciada en primer lugar para el Monte Cénis, pero la ciencia triunfó de todas las dificultades, y la gigante masa que separa á Francia de Italia se vió perforada, gracias al talento de hombres tan eminentes como: Colladon, Maus, Sommeiller, Grattoni, Grandis, Bartlet y otros.

Realizada la titánica empresa, se pensó con más ardor que nunca en la apertura de los túneles de las vías de Inglaterra y de Alemania. La vía del Monte Cénis lleva necesariamente, y dando grandísimo rodeo, los trenes al Piamonte; las otras dos acortan mucho las distancias. Pero construído el paso subterráneo del San Gotardo, abierta la vía directa de Basilea á Holanda, que hará inmenso servicio á la Alemania, ó se iría todo el movimiento franco-ingles por ese nuevo camino alemán, ó habrían de servirse gran parte de los pueblos de Francia y los de toda la Inglaterra de la primitiva línea del Cénis. En el primer caso, los departamentos industriales del N. y del E. de Francia, y los grandes puertos del N. y del N. O. tendrían necesariamente que ser tributarios de la Alemania en sus tarifas; y los productos deberían además atravesar la Suiza en su mayor extensión. Entre ambas vías, para acortar sus trayectos, y sobre todo el de la primera, y para evitar los inconvenientes de la segunda, quedaba el trazado de la línea del Simplon, que disminuye la distancia de Londres y París á Milan en ciento veintidos kilómetros respecto á la línea del Cénis, y en sesenta y tres respecto á la de San Gotardo. Inglaterra y Francia se encuentran, pues, grandemente interesadas en esta obra. Realizado en día no lejano el túnel submarino del paso de la Mancha, los trenes que salgan de Charing-Cross en Londres irán directamente, sin trasbordo alguno hasta el Mediterráneo, por el trayecto más corto que puede unir puntos tan distantes. Y no sólo la distancia se reduce mucho, sino que al atravesar los Alpes no asciende el plano de la vía sino á poco más de la mitad de altura de la que tienen los trazados

(1) Los estudios de los proyectos del canal de Panamá y el del túnel del Monte Cénis se publicaron respectivamente en *La Ilustración Española y Americana* y en *La Ilustración de Madrid*.

del Cénis y del San Gotardo, pues el túnel del Simplon se abrirá de 600 á 700 metros sobre el nivel del mar, mientras que aquéllos están perforados ó perforándose, el primero á 1,338 metros, y el segundo á 1,152; bien es verdad que, en cambio, el trazado á menor altura dará al del Simplon 18 kilómetros y medio de longitud, mientras que el del Monte Cénis tiene 12 y el del San Gotardo cerca de 15; cuya circunstancia, si bien aumenta las dificultades económicas, disminuye muchísimo las de la construcción de rampas, vueltas y revueltas de ascenso, que no son ni menos peligrosas, ni menos admisibles para la seguridad y comodidad de los viajes, y por consiguiente para ser tomadas en cuenta por las compañías constructoras, que las primeras. Las vías férreas, suiza por el N. é italiana por el S., llegan: aquella á la boca misma del túnel, y ésta á unos 19 kilómetros de la salida, mientras que en el San Gotardo las líneas de acceso, de difícil y muy costosa construcción, no están construídas todavía.

Con la maestría y exactitud con que se determinó la constitución geológica del Cénis, así se ha estudiado el corte de las capas que habrán de atravesarse en el Simplon, trabajo debido á los sabios catedráticos Renevier, de Lausana; Lory, de Grenoble, y Heim, de Zurich. Según ellos, la línea está formada en el lado italiano de granito, fácilmente explotable; en el interior de esquistos micáceos, anfíbolíticos, gneis y fajas interpuestas de calizas sacaroideas, y en la parte de Suiza de esquistos compactos y calcáreos.

Nada más curioso para las personas entusiasmadas de los viajes, de la geología y de la mecánica que las excursiones por estas comarcas de los Alpes en que á porfía se trabaja en tan colosales obras. Prestan incomparable interés al estudio, los compresores de aire Colladon, y los perforadores, que con incesante actividad y potencia trabajan en el interior del San Gotardo á 6 kilómetros, barrenando la roca, renovando el aire y produciendo tanto movimiento en el escondido é imponente seno de aquellas gigantes montañas. El viajero sigue con creciente curiosidad la marcha de las locomotoras Rigenbach, que el eminente ingeniero de este nombre construye en las grandes fábricas de Aaran (Argovia), y que, con sus cuatro diminutas ruedas, y sus cremalleras-ruedas de juego independiente de aquéllas, con su freno de aire comprimido, su pequeño tender y su elegante cubierta suben y bajan las sinuosas rampas de estos paisajes.

No menos interés excitan las del sistema Winterthur (Zurich), máquinas-tender para vías ordinarias, de cuatro ruedas, sin excéntrica, de especial y curioso aparato de distribución, y de raro y útil mecanismo cinemático; aparato esencialmente suizo que llama mucho la atención de los ingenieros de las demás naciones.

Pero fuera de lo que se puede estudiar, es incomparable lo que se goza en la contemplación de la gigante naturaleza alpina. Y en este placer hay muy poco tan digno de ser admirado como el trayecto que cubre la masa en que se ha de abrir el túnel del Simplon; el camino así llamado, que une el cantón de Valais con el Piamonte, en la línea proyectada de Suiza á Milan. El túnel empezará en Isella (Italia), y terminará en Brieg (Suiza). Ambos puntos se encuentran sobre la carretera ordinaria del Simplon; y de los preciosos y originales detalles de ella, hé aquí algunos apuntes, no publicados hasta ahora, que, sobre *Los Alpes*, figuran en mi cartera:

La vía férrea italiana termina en Gozzano

sobre el lago de Orta, desde cuyo punto hay que tomar un coche ó caballerías para cruzar el Simplon. Se bordea la orilla oriental de este pequeño lago, reducción microscópica en posición y en forma del inmediato lago Mayor, y pasando por Orta, Petronasco, Omegna, Casalla y Gravellona, al pié del pico de Lye Horn, el camino sigue la cuenca del río Tosa en las faldas del monte Orfano. Hora y media más adelante se cruza la villa de Ornavasco, una de los Viscontis, que ofrece al historiador y al poeta un castillo y curiosas tradiciones, y al naturalista admirables canteras de mármol. Pasada la aldea de Magiandone, crúzase el río, se dejan á la izquierda entre quebradas breñas cuajadas de vegetación los pueblos de Cuciago, Premosello, Vogogna y Borgo, vuelve á cruzarse el rápido Tosa, y tocando á los valles de Anzasca y Antrona, dominados por los gigantes montes Rosa y Moro, se dejan atrás Palanzano, Villa y Costa, llegando al valle de Ossola, donde empezarán las verdaderas obras costosas y difíciles que han de enlazar la vía férrea con la boca del túnel en Isella. Cuando en las pesadas horas que hoy cuesta recorrer este camino se avanza por los hondos desfiladeros, en nada se parece aquel paisaje limitado por quebradas rocas cubiertas de pinos, sobre las que se abre un corto espacio de cielo manchado por densos y bajos nubarrones, á los espléndidos panoramas que á continuación se descubren al pasar por lo más alto de los puertos ó cimas que atraviesa la carretera. En los valles se sucede la más inexplicable variedad de perspectivas. Algunos cuajados de magníficas y gigantescas arboledas, muestran en toda su extensión tres ó cuatro pueblecitos lindamente cuidados en su exterior estética, y no hay entre ellos repecho en que no asome un caserío de maderas y pizarras ornado en sus cercanías de esbeltos árboles, ni regata espumosa que no vaya á la pequeña rueda de un molino, ni encuentro de dos senderos donde una reducida capilla de ancho portegal no convide al descanso. Los montañeses trabajan en algunos espacios de tierra que rodean á las hondonadas de la carretera, ó que ocupan toda la abierta extensión de una ladera; al pié de las líneas de matorrales que se pierden en las vueltas de la montaña marchan pastando pausadamente los rebaños, y casi al mismo compás, como resbalando por las inclinadas sendas que unen á unas aldeas con otras, bajan chillando las carretas que van á lejanos mercados á llevar magníficos piés de construcción. En otros valles, en cambio, la naturaleza tiene imponentes caracteres de tristeza: peladas rocas colocadas al parecer en inestable y amenazador declive, se asientan sobre extensas laderas de oscuro color gris; interminables lajas de pizarra en las que no crece ni una yerba, cubren el suelo, y por entre su quebrada superficie saltan mil riachuelos, que van á formar en lo hondo de sinuosos cauces bullicioso torrente; algunas masas de bosques seculares cierran el cuadro á bastante elevación y sobre su detallada silueta oscura se alzan las enhiestas murallas calcáreas de la vecina sierra en cuya superficie las grietas y rompimientos parecen misteriosos signos trazados en fabulosas épocas por una legión de gigantes. Ni una casa, ni un hombre, ni un sér que se mueva turban la triste monotonía y severidad de estos cuadros. Sólo en las especies de chozas ó caserones del camino, de cuyas chatas chimeneas sale constante nube de azulado humo, indicio consolador de que al viajero le espera una buena fogata que conforte su descanso, se ven algunos montañeses con los tiros de caballos preparados para ayudar á los vehículos á subir

las inmediatas cuestas, por donde, retorciéndose cien veces, avanza la calzada. ¡Qué distintos los valles de las despejadas cimas, doradas de vez en cuando por el sol de Italia, y azotadas siempre por el helado viento de los Alpes! En el valle de Ossola, sobre su villa capital, Domo, una de las más preciosas y elegantes de la montaña, al subir hacia Crevola, hay un alto repecho, al pié del cual se unen el río Dovería que baja del Simplon y el Tosa que viene del valle Formazza. La vista del valle que desde allí se descubre excede en belleza á todo cuanto la imaginación puede pintar, pero la perspectiva de la múltiple gradería de montañas que cierran toda la línea del Norte, asombra y maravilla al ánimo. Ábrense bajo los piés del observador tres risueños valles, el Vigezza á la derecha, el de Antigorio al frente, y el Buñanco á la izquierda. Siguiendo la dirección de éste, avanza el camino, no hacia los cortados picos desnudos que aparecen al pié del gigante monte Moro, que son las cimas del monte Cardo, detras del cual está el valle de Antrona, sino hacia los poblados altos del O. que parecen una avanzada del Simplon, llamados Paral Fianco, donde se abre el valle de Vedro, al entrar en el cual empieza la verdadera subida del Simplon. Las puntas nevadas de Portiengrat, Weismies y Fletschhorn con sus brillantes reflejos llegan hasta las nubes, limitando los Alpes por la izquierda, el Simplon y el monte Leon se alzan colosales al frente, y entre las nieblas constantes del N. E., descúbrense el Maderhorn, el Albrum y la cima casi invisible del Finsterarhorn. Maravilla en verdad tanta y tan inmensa mole de montañas, cuyas cimas alcanzan y aun exceden de 2,000 metros de altura, y cuyos pasos describen líneas de sesenta ú ochenta kilómetros. Pero maravilla más aún el pensar y ver que la ciencia del hombre ha cruzado de vías férreas estas comarcas, ha escalado con sus locomotoras los riscos situados á mil metros, y ha perforado sus colosales entrañas, realizando la obra más asombrosa y atrevida que los siglos recuerdan.

Pasado el atrevido puente de Crevola, se entra ya de lleno en el famoso camino mandado construir por Napoleon el Grande despues de la batalla de Marengo, y gracias al cual se puede pasar en coche de Suiza á Italia. La carretera del Simplon por bajo de la que se perforará el túnel, tiene desde Domo de Ossola á Brieg 14 leguas de longitud, 8 metros de anchura, y 3,50 de pendiente por metro. Se empezó á construir por los ingenieros del imperio en 1801 y se terminó en 1807, habiendo costado setenta y dos millones de reales; y empleado cinco mil operarios en sus obras, durante cinco veranos. Se invirtieron en abrir los 500 metros de galerías de refugio que hay de trecho en trecho, en la carretera, 250,000 kilogramos de pólvora. El genio de la guerra unió de este modo la Francia y la Suiza con la Italia, buscando al traves de los Alpes el trayecto más corto, y asentando una magnífica carretera sobre el nevado y peligroso lomo de la titánica cordillera; hoy el genio de la industria y de la paz, sin dejar de reconocer la magnitud é importancia de la obra de Napoleon y rindiendo el culto debido á su memoria, brindará á la humanidad un paso más fácil y seguro, penetrando en lo profundo de las montañas para facilitar á las victorias del trabajo y de la union de los pueblos una vía escondida bajo las vueltas de aquella otra atrevida vía que el gran guerrero destinó á asegurar las victorias de la guerra.

Casi una hora se tarda desde Crevola á la boca meridional del túnel en Isella. Al princi-

pio de la subida se encuentra un largo desfiladero, tan triste como desierto, formado por enormes masas de granito, y pasado el cual el horizonte se ensancha al llegar al valle de Isella, cuyo aspecto alegra el ánimo, porque á una vegetación riente y nutrida, se unen los pintorescos detalles de varios pueblecitos, con esbeltas torres, blancas fachadas y bonitas huertas. La carretera pasa por la venta de Dovedro, sube un repecho y en él se encuentra una de esas galerías de refugio abiertas en la peña viva, que ofrecen á los viajeros excelente resguardo en los días de temporal, tan frecuentes en aquel país. Isella es el último pueblo de importancia de la frontera italiana; en él tienen su puesto los aduaneros y carabineros, y hay una casa de correos y una excelente fonda. Todo el trayecto desde Domo es muy accidentado, así es que allí se harán las obras, al descubierto, más difíciles de la línea del Piamonte, hasta llegar á la boca del gran túnel, que se ve señalada á una altura de unos setecientos metros sobre el nivel del mar. Isella está destinada, pues, á ser un gran centro de movimiento obrero durante muchos años, ya que en ella han de establecerse los grandes talleres y depósitos para la perforación, y siquiera temporalmente, pero por largo tiempo, ha de aumentarse su vecindario con algunos miles de trabajadores. Al subir de Isella hacia el Simplon, el paisaje cambia por completo; la aridez de la naturaleza es grande, las rocas peladas cubren todo el terreno, y se avanza por un terreno tristísimo hasta las inmediaciones de Trasqueras, pobre aldea, destrozada varias veces por los torrentes, hasta San Marco, último pueblecito de Italia, y hasta la curiosa capillita situada sobre el camino mismo en la línea de la frontera suizo-italiana.

Un cuarto de hora mas allá del límite está la primera aldea suiza, llamada Gondo, que pertenece al canton de Valais, y que se compone de la inmensa casa-posada Stockalper, antiguo refugio para los caminantes, ganados y mercancías que cruzaban estas montañas, y de una docena de chozas ó establos de pobre aspecto. El camino sube áspero y solitario á partir de este punto, limitado por todas partes por grandes peñascos, espantosos derrumbaderos, cascadas y pasos difíciles. La cascada de Alpirnbach forma un precioso salto á la derecha de la carretera, y un riachuelo que, atravesando el pintoresco puente del mismo nombre, se une al río Dovería, el verdadero hijo del Simplon. Bien pronto se llega á la magnífica *Galería de Gondo*, atrevido túnel abierto en el granito para dar paso á la carretera y ofrecer seguro refugio á los viajeros, que tiene una longitud de más de 220 metros. En aquel vasto salón de piedra al que dan luz dos grandes ventanas laterales, cortadas sobre el abismo, descansan siempre las caravanas, y segun sea la hora de su llegada así se improvisan confortables mesas sobre los bancos de roca, ó largas filas de camas, ó animados corros de conversacion en torno á las hogueras. Una inscripción latina grabada con grandes caracteres en la roca, frente á una de las aberturas, recuerda que aquella grande obra se realizó bajo el imperio de Napoleon, en 1805. Como las dificultades y peligros del camino aumentan sin cesar, se suceden de corto en corto trecho tambien los refugios y galerías de abrigo. A poco trecho de la galería anterior está el refugio de *Ponte alto*, cerca del bonito puente de madera de este nombre, colocado sobre el Dovería, y pasado el cual, un cuarto de hora más arriba se encuentra otro refugio ó construcción de abrigo. Triste é interminable aparece aquel estrecho y sinuoso valle de Gondo, por entre cuyos desnudos y colosales picos, y

múltiples derrumbaderos avanza el camino, á trechos encajonado entre las cuencas de los torrentes y las laderas perpendiculares de granito, y á trechos dominando el paisaje sobre las crestas heladas de un solitario repecho suspendido sobre espantosas vertientes. Sobre la salida del desfiladero de Gondo, aparece fortificada, con muro y aspilleras, la boca de la galería de Algabi, la primera que se abre en la vertiente meridional de los Alpes. Cuatro ó cinco veces cruza la carretera el cauce del Dovería, reforzado en su caudal por los arroyos-torrentes Quirna, Lanibach y Krumbach, que bajan de las peladas y agrestes vueltas de la montaña, y entre ellos queda á la izquierda del camino la pobre aldea de Gsteig, á media hora de la cual, y subiendo ya por rampas que alcanzan á 1,200 y 1,500 metros sobre el nivel del mar, entre neveras perpetuamente heladas, se llega á la aldea de *Simplon*, que da nombre al camino y á la montaña. Todos estos pueblos de los Alpes son de muy escaso vecindario, de tristísimo aspecto exterior, de raras y poco envidiables condiciones de vida, y en los que el invierno dura de Octubre á fines de Mayo, y no se comprende apénas que haya gentes con el valor suficiente para habitar satisfechos y tranquilos en ellos toda una vida dilatada y llena de trabajos. Sin embargo, como verdaderos montañeses aman con delirio sus altos rincones alpinos, sus chozas coronadas de nieve, y sus gigantes montañas, sin que jamas encuentre el viajero un solo vecino de lo más empinado de estas aldeas, que no sostenga con entusiasmo que en ellas la vida es mucho más agradable y preferible que en los risueños campos de la Lombardía, ó en las templadas y bulliciosas villas de la costa.

Desde esta aldea continúa subiendo hacia las cimas más altas á que alcanza la carretera. Dos horas cuesta por lo ménos el ascender hasta el Hospicio viejo del Simplon, atravesando ántes los puentes del Seng y del Krumbach, y un refugio abandonado y ruinoso. El Hospicio viejo, situado en un valle triste y desierto, ha sidó siempre asilo de viajeros pobres y de ganados, y nada ofrece de particular. A media hora más arriba está el Hospicio nuevo de Napolcon, dirigido por monjes agustinos, que es el verdadero refugio y la fonda hospitalaria y confortable más excelente de toda la travesía. Mucho ántes de llegar, salen al encuentro de los viajeros algunas parejas de los famosos perros de San Bernardo, que reciben y acarician á cuantos suben, con extremados halagos y muestras de contento. El Hospicio es un edificio grande en proporciones, sencillo en sus formas, y en el que se encuentran todas las comodidades que pueden apetecerse, y principalmente un trato tan exquisito y cariñoso de parte de los monjes, que siempre se recuerda con justa admiración. Jamas deja de estar concurrido aquel famoso establecimiento; los monjes nunca descansan, y lo mismo pobres que ricos, éstos pagando la asistencia, y aquéllos recibéndola gratis, llegan siempre con vivas ansias al Hospicio y lo abandonan siempre con pena. Realmente para el hombre pensador y amante de los grandes espectáculos de la naturaleza, la casa de los agustinos del Simplon brinda incomparables ocasiones y asuntos para el estudio. Allí, al E., cerrando el paisaje se alzan á más de tres mil quinientos metros las cimas del Monte Leon, altivos colosos coronados de nieve, á cuyos picos jamas había subido el hombre hasta hace treinta años. Allí, á diez minutos más arriba del edificio, suben con curiosidad los viajeros á dominar desde el punto más elevado de la carretera, situado casi á dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, el ad-



UNA ROSA EN PELIGRO — CUADRO DE CÁRLOS HERPFFER



LA FLORERA DE TRIESTE — CUADRO DE GUSTAVO SCHAUER

mirable, imponente paisaje de los Alpes, formado por un anfiteatro de erizados picos cubiertos de nieve, que parece que se alzan desde el fondo de misteriosos abismos cuajados de ondulantes nieblas, hasta la region de las densas y apretadas nubes para sostener en atrevido equilibrio sus inmensas moles. El helado Fletschhorn brilla al S. con los reflejos de la luz de la tarde, alzándose sobre la nevada frente del Weissmies; al Oriente aparece colosal el triple perfil del Monte Leon, asentado sobre las neveras eternas de Schöenhorn y de Kaltenwasser, á la que domina también por el N. la titánica cima del Maderhorn, y por último, entre los infinitos picos de las múltiples cordilleras del Poniente, distínguese la montaña de Aletsch y la línea de los Alpes del canton de Berna. ¡Admirable panorama visible sólo en contados días desde Junio á mediados de Setiembre, que se convierte en espantoso cuadro, cuando en el resto del año soplan los helados vientos del N. E. y arremolinan y confunden en una misma masa las nieblas que suben por las gargantas meridionales y los pasos del Piamonte, con las nubes que descienden pesadas y oscuras hasta los torrentes, trabando su fusion los constantes torbellinos de nieve que nivelan los valles, borran los caminos, aislan y casi sepultan los pueblos y alzan la altura de los gigantes picos, añadiendo una capa más á los seculares depósitos de hielo, que poco á poco se acumulan sobre ellos en aquellas maravillosas pirámides de la naturaleza.

Una cruz de madera marca este punto culminante del camino, y desde ella, como es consiguiente empieza á descender el trayecto, cruzando distintos refugios y galerías. Entre estas es notable la de Kaltenwasser, de corta extension, dominada por el pico del Schoenhorn; muchas veces construída y otras tantas deshecha en sus muros de mampostería y en sus fuertes estribos por los torrentes y avalanchas que pasan sobre ella, desprendidos de la citada montaña; y tan temida y famosa, que para los viajeros no hay en todo el camino paso más peligroso que este, y de los tres kilometros siguientes, donde fué necesario multiplicar los refugios y abrigo de corto en corto trecho, hasta la galería de Schalbet. Durante la media hora que dura el descenso hasta el refugio de Weissvach, el viajero contempla otro paisaje magnífico en la extension septentrional del centro de los Alpes, al descubrir la extensa cordillera de los montes de Berna, donde se alzan las cimas del Jungfrau, del Breithorn y del Muench; la aspereza y desnudez del camino van á desaparecer pronto porque ya avanzan los espesos bosques de pinos, que parece que suben á encontrarlos desde el hondo valle de Berisal.

Se llama así un puesto de cambio de caballos, posada y refugio, formado por dos grandes edificios, alzados á uno y otro lado de la carretera y unidos entre sí por un tejado que la cubre, donde los viajeros que van y vienen encuentran necesario y reparador descanso. Desde la vertiente septentrional del Monte Leon el camino empieza á describir una serie de intrincados y peligrosos zig-zags hasta llegar al hondo y solitario valle del Ganther, sobre cuyo río se pasa un magnífico puente, despues de haber dejado atras el refugio de Persal, y la destruída galería de Holzgraben. Á los sinuosos recodos del camino sucede una rápida y extensa vuelta, que termina en el refugio número 2 y sobre un alto repecho, desde el que se descubre el pintoresco paisaje del Maderhorn, al cual sucede el de las neveras heladas extendidas bajo las vertientes del trayecto, hasta pasar el refugio número 1; y ya en los límites de la caminata, des-

cendiendo todavía hora y media, sobre los precipicios y revueltas dominados por el Bettlishorn, y el Glyshorn, y sobre los vallecitos que riega el Ródano, se encuentra al fin el viajero casi en tierra llana, en las pobladas y animadas cercanías de Kalvarienberg, al pié de las verdes laderas del Glyshorn, donde todos los senderos, todas las cimas, todos los repechos y las hondonadas sirven de límite y asiento á bonitos caseríos blancos, que destacan sus variados grupos entre los cien distintos matices del constante verdor del suelo. Pasadas hermosas praderas llenas de ganado, se descienden las últimas cuestas de los valles de Glys y de la Saltina y se entra en la villa de Brieg ó Brigue, situada en el encuentro del Saltina con el Ródano en una deliciosa posicion. Nada más original que este pueblo ornamentado con curiosas y múltiples torres, de esbelta forma, con los plateados techos de todas sus casas, formados por pizarras de micáceos esquistos, y con la señorial construccion del castillo de Stockalper, cuyas cuatro torres aparecen coronadas por brillantes cimborios de estilo moscovita.

En Brigue, hasta donde alcanza la vía suiza, está la entrada septentrional del túnel del Simplon. Tantas subidas y bajadas, tanto valle y tanto precipicio, tan inmensos peligros como hoy se pasan para llegar de Isella á Brieg, quedarán en breve reducidos á un plano inclinado, suave, limpio, resguardado de las avalanchas y de las tormentas de nieve y sin cesar recorrido por la mano poderosa de la civilizacion que, multiplicando las seguridades, y haciendo desaparecer toda clase de riesgos en el seno de las montañas, unirá al traves de éstas al mundo comercial del Occidente de Europa con el del Mediterráneo y el de las Indias.

La línea de Loeche-Brigue, de la compañía del ferrocarril del Simplon se inauguró en Julio último y desde entonces continúan las obras con perseverancia y energía. En la Exposicion universal se han podido ver y estudiar con detenimiento los planos, secciones, detalles, máquinas y obras del trazado general, así como una curiosa coleccion de rocas del trayecto geológico que se ha de perforar. En el día de la inauguracion dijo á los concurrentes el presidente del consejo de administracion de la compañía, Mr. Monnerat de Vevey: «No quiero que recordemos las grandes dificultades que hemos tenido que vencer hasta hoy, porque semejante recuerdo queda borrado con la satisfaccion que sentimos al ver ya resuelto tanto en Francia como en Italia el gran problema del Simplon. Los hombres que figuran á la cabeza de los gobiernos de ambos países comprenden que una vez terminada la obra del Simplon se obtendrán inmensos beneficios, ya bajo el punto de vista político, ya bajo el de sus intereses económicos. Unamos nuestros votos y nuestros esfuerzos para llegar al suspirado día de su realizacion.»

La verdad es que, hechos los gastos por los gobiernos frances, suizo é italiano, las dificultades económicas no causarán los trastornos que se producen en las obras del túnel de San Gothardo, donde se han celebrado frecuentes reuniones intercantonales para allegar nuevos y nuevos fondos con que subvencionar los trabajos. A principios de 1878 necesitábanse 24 millones de reales, y despues de la reunion de Berna celebrada con ese objeto, Zurich prometió 4.800,000 reales; Berna, 4.000,000; Basilea, 3.200,000; Argovia, 1.000,000; Schaufhouse, 300,000, y Turgovia, 160,000, negándose el resto de los cantones á aumentar esta subvencion, cuya suma, como se ve, dista mucho de la que se pedía; y á consecuencia de cuyo

resultado se acordó proponer el que la subvencion fuera federal, aunque recibiendo de antemano la protesta de gran número de cantones. En el mes de Julio se perforaba por ambos lados de este gran túnel, á razon de 8 metros diarios.

Grande ha sido por lo demas el desarrollo de las vías férreas en la pequeña república helvética, y en pocas naciones se ha invertido tanto dinero y se ha gastado tanta inteligencia como en ella para la realizacion, sostenimiento y explotacion de los trabajos. En 1860 no tenía Suiza más que 1,059 kilometros de vías, y en 1876 estaban ya en explotacion 2,306. La red de ferrocarriles suizos ha costado sobre 2,900 millones de reales, ó sea 1.280,000 reales por kilometro; y si á los capitales empleados se añaden los necesarios para terminar las obras actuales, suman 3,316 millones, constituidos de este modo: 1,096 en acciones, 518 en obligaciones, y 68 en subvenciones; es decir que las acciones forman el 55 por 100, las obligaciones el 52, y las subvenciones el 6, del capital total. Muévense en estos ferrocarriles 552 máquinas, 1,662 wagones de viajeros con 73,262 asientos y 10,098 wagones de mercancías. Veintiuna compañías independientes dirigen este movimiento.

Á pesar de tanta actividad y de tanto gasto el gran túnel del Simplon se abrirá al cabo de unos cuantos años, y á los dos colosales pasos subterráneos del Cénis y de San Gotardo, se añadirá este, porque así lo exigen las necesidades de pueblos tan poderosos y trabajadores como el frances, el belga y el ingles, que anhelan estar unidos á los puertos del Mediterráneo por el trayecto *más independiente y más corto* que es posible.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

LA INTELIGENCIA DE LAS HORMIGAS

Ha sido cuestion muy debatida por los sabios durante mucho tiempo, y aún lo es en el día, si los animales tienen sólo instinto, ó si, como da lugar á creer la manera especial de ejercitar ciertos actos de su vida, están dotados de inteligencia. A la verdad, punto es este sobre el que se ha discurrecido mucho, y sobre el cual, eminentes naturalistas y profundos observadores han hecho notables estudios y experimentos muy curiosos; pero ¿es posible que los animales posean también el preciado don con que la omnipotencia de Dios ha favorecido al hombre, ó por el contrario, es sólo este el privilegiado sér que ha merecido tan señalada distincion?

Consideraciones filosóficas de no escasa importancia, basadas principalmente en la estricta justicia que resplandece como el más brillante de los atributos del Supremo Hacedor, nos permiten creer que no es sólo el hombre el que goza del privilegio intelectual, y por consecuencia, que los animales todos poseen, más ó menos desarrollada, una facultad superior á la del instinto, que no es, ni puede ser otra que la inteligencia, y quizá á veces en un desarrollo que á primera vista parecerá increíble.

Curiosas y repetidas experiencias del doctor Bramaleti (1) han dado lugar á consideraciones muy importantes sobre esta cuestion, y ciertamente la ciencia es deudora al sabio farmacéu-

(1) El doctor Bramaleti es un sabio y modesto farmacéutico italiano que, como el eminente sueco Schéele, ha cultivado las ciencias naturales con extraordinaria fe. Las observaciones que sobre la vida de las hormigas se consignan en este artículo nos han sido comunicadas por él mismo y denotan una paciencia extraordinaria.

tico de gran número de observaciones que permiten establecer una afirmación casi rotunda acerca de la importante cuestión que debatimos.

Hace algunos años el Dr. Bramaletti se dedicó con una paciencia extraordinaria á estudiar la vida íntima de las hormigas, á cuyo efecto socavó con gran ingenio un terreno de su propiedad en que tenían establecido su granero tan previsores insectos, y ha podido recoger preciosos datos, que indudablemente demuestran que estos pequeños animales poseen una inteligencia poco común y están dotados de una actividad tan extraordinaria, que permiten asegurar sin género ninguno de duda que tienen entre sí una sociedad tan perfectamente organizada como la de los racionales. ¡Asombra que unos insectos tan pequeños puedan ser tan inteligentes!

Los graneros, ó mejor dicho, las viviendas de las hormigas, son de una extensión inmensa relativamente al tamaño de tales insectos. El que fué objeto de las observaciones del doctor Bramaletti tenía una longitud muy cerca de cinco metros y en él se albergaban unas 24,000 hormigas; son excelentes constructoras, y los depósitos ó almacenes que fabrican están colocados en línea recta como los wagones de un tren. Los granos de trigo son depositados con sin igual esmero en el sentido de su longitud, de tal manera, que un almacén de estas semillas ofrece un magnífico aspecto por el inteligente orden con que están colocados, y más bien parecen un depósito de traviesas de madera, que receptáculo de trigo.

Jamas mezclan el trigo con la cebada, ni ésta con las demás sustancias que han de servirles de alimento durante el invierno. Aprecian mucho las migajas de pan, que depositan con particular cuidado, y se guardan tales y tantas etiquetas entre sí estos pequeños animales, que ofrecen notable ejemplo de sociabilidad á los humanos.

Como es sabido, durante el estío, y más principalmente á la entrada del otoño, las hormigas salen á hacer la recolección. Sucede á veces que tienen que ir á buscar sus provisiones á grandes distancias, y como pudiera ser fácil que no encontrasen sus viviendas al regresar con sus abastecimientos, idean un ingenioso modo de no perderse.

Caminan á la ventura una tras otra, con objeto de hacer una fila lo más larga posible; una vez que la que marcha al frente encuentra provisiones hace alto, y frota con su parte posterior la cabeza de la que le sigue, ésta á la tercera y así sucesivamente establecen comunicación, casi instantánea en toda la línea.

Enteradas las hormigas de la novedad por este aviso, sale otra fila encargada de sustituir á la primera, que regresa por el camino que le va trazando la que viene á sustituirla y así continuamente van llevando provisiones á sus almacenes.

Con mucha frecuencia suele acontecer que el objeto que ha de ser conducido por una hormiga pesa más de lo que permiten sus fuerzas; entónces, se acerca á una compañera y se frota con ella, lo cual indica que necesita su auxilio, y ambas se favorecen hasta llevar su cargamento á los almacenes.

Sin embargo, jamas una hormiga se decide á pedir auxilio sin estar persuadida de que no le bastan sus fuerzas para maniobrar sola; si el objeto es grande, para persuadirse de sí podrá conducirlo tiene un método también muy ingenioso; da una vuelta completa á su alrededor con objeto de apreciar su extensión, en seguida se sube sobre él, y si la longitud de su cuerpo es menor ó igual que la del objeto que ha de

ser conducido, desde luego puede por sí sola transportarlo; pero si por el contrario es mayor, solicita en seguida auxilio.

La entrada de sus graneros es ordinariamente vertical. Entre las hormigas se establecen dos secciones; unas que podremos llamar *obreras*, que están encargadas de transportar los abastos; y otras, *distribuidoras*, que dentro de los almacenes tienen la misión de colocarlo y distribuirlo en los diferentes depósitos. Las obreras, al llegar al agujero de entrada, abandonan el objeto transportado á su propio peso; y las *distribuidoras* lo colocan donde respectivamente le corresponde; pero acontece muchas veces que el agujero es menor que el transporte, y entónces todas las distribuidoras, por la parte interior de su vivienda hacen heroicos esfuerzos para introducirlo y tiran de él con gran denuedo. No siempre consiguen su propósito, pues ocurre muy á menudo que el objeto resiste y las hormigas trabajan inútilmente. Una vez persuadidas de la ineficacia de sus esfuerzos, comienzan otra faena; si el objeto puede ser dividido, reducenlo á pequeños fragmentos que le hacen disminuir de volumen; pero si por el contrario es duro, no tienen más remedio que agrandar el agujero, para lo cual empiezan á escharbar las paredes, y muchas veces la para ellas enorme mole, obedeciendo á la fuerza de gravedad, cae precipitadamente arrastrando en su marcha á las infatigables trabajadoras.

Concluida la recolección, las hormigas tapan la entrada de sus viviendas con tal arte, que es muy difícil, á quien no esté acostumbrado á observarlas, averiguar dónde estuvo la entrada. Tan inteligentes insectos no son, como otros, asustadizos; lo cual es una gran ventaja para el observador.

El Dr. Bramaletti ha podido notar que son muy aficionadas al queso, y es admirable la actividad que demuestran cuando se las presenta ocasión de hacer provisiones de este alimento. Por nuestra parte diremos que no nos extraña tanto esto como la facilidad con que se comunican la noticia, pues no parece sino que poseen un lenguaje tácito en sus frotaciones mutuas. Una de las muchas veces que dedicamos nuestra atención á observarlas, queriendo persuadirnos de la exactitud de las opiniones del Dr. Bramaletti sobre este punto, aislamos con un papel á una hormiga transportándola á una distancia razonable de su vivienda; en seguida desmenuzamos un trozo de queso con objeto de facilitar al insecto su transporte, pero en vez de tomar alimento, la inteligente hormiga marchóse á conferenciar con sus compañeras, á las cuales frotó, paseándose entre todas ellas, concluyendo por tomar el camino que ántes traía, seguida por toda una colonia de hormigas, que pronto limpiaron el suelo de las migajas de queso.

Esto parece indicar que, á su manera, todos los animales tienen un lenguaje mudo, por medio del cual se comunican y se entienden con suma facilidad. Hace algún tiempo fuimos testigos del siguiente hecho: Conversábamos amigablemente á la puerta de una farmacia con el dueño del establecimiento, á tiempo que un perrillo faldero, más distraído de lo que debiera, fué atropellado por un carruaje. El resultado de este fatal lance fué quedarse el pobre animal con una pata fracturada: dando lastimeros aullidos el pobre perro se dirigió á la botica, y el compasivo doctor, que debió entender la pretensión del animal, le entablilló la pata y despidió al herido, no sin pasarle ántes la mano por el lomo.

El doctor no se volvió á acordar de tal suce-

so; pero cual sería su asombro al observar un mes despues que el famoso herido entró en la botica dando amigables saltos y conduciendo á una señora que manifestó al farmacéutico su agradecimiento por la acertada cura, mostrando grande empeño en satisfacerle sus honorarios.

Hasta aquí nada tiene esto de particular, porque lo raro, lo verdaderamente curioso, fué que á los pocos días, el falderillo aquel, penetró en la botica acompañado de otro perro que había sufrido idéntica desgracia, y con tristes aullidos indicó al boticario su desgraciado compañero. El doctor le curó también, y durante muchos años estuvo recibiendo la diaria visita de sus protegidos, que indudablemente creían de su deber manifestar su reconocimiento al filantrópico doctor.

Otras muchas observaciones podríamos citar que demuestran que los animales tienen inteligencia; las abejas, los castores, los cuadrumanos, las arañas y otros muchos, dan notabilísimas pruebas de poseer una facultad muy superior á la del instinto; mas temeríamos pecar de difusos dando á conocer tan curiosas observaciones, y basta con lo expuesto para persuadirnos de que la Providencia ha dotado también de inteligencia á los animales por más que no esté tan desarrollada como en el hombre, lo cual pudiera depender de que los animales no tienen más experiencia que la suya propia.

SANTIAGO ARAMBILET.

DE ALGUNAS
PALABRAS Y FRASES ANTICUADAS
QUE AÚN SON DE USO CORRIENTE
EN LA PROVINCIA DE SALAMANCA

I

Al emprender un trabajo tan penoso como el que nos ocupa, bien se nos alcanza que debiéramos encabezarlo con una erudita introducción encaminada á demostrar lo importante que fué siempre el completo conocimiento de las lenguas, hasta en sus mismas irregularidades y modismos, no tanto para la verdadera interpretación de los antiguos monumentos de la literatura, como para enriquecerlas y restaurarlas, si decaen, sacando de su propio caudal y de voces y palabras que la moda ó la rutina hicieron desusadas, olvidados veneros con los que vuelvan á alcanzar vigor y lozanía.

Mas por cuanto nuestro trabajo se ha de extender de suyo más de lo que quisiéramos y quizá más de lo que convenga á la importante publicación á que está dedicado, omitimos esta parte de él, confiando en que el buen juicio de nuestros lectores suplirá con creces cuanto nosotros pudiéramos decir sobre el asunto.

Y hecha esta pequeña salvedad, pasaremos desde luego á ocuparnos de las palabras y frases anticuadas, cuyo uso se conserva aún en Salamanca, no creyendo ocioso advertir que sólo trataremos de aquellas que hemos aprendido y recogido de viva voz, pudiendo por lo tanto asegurar y atestiguar que pertenecen al lenguaje vivo.

La mayor parte de ellas serán corroboradas con citas que hemos sacado de nuestros escritores del siglo xv y principios del xvi, siendo muy pocas las que no hayamos hallado en tan autorizadas fuentes.

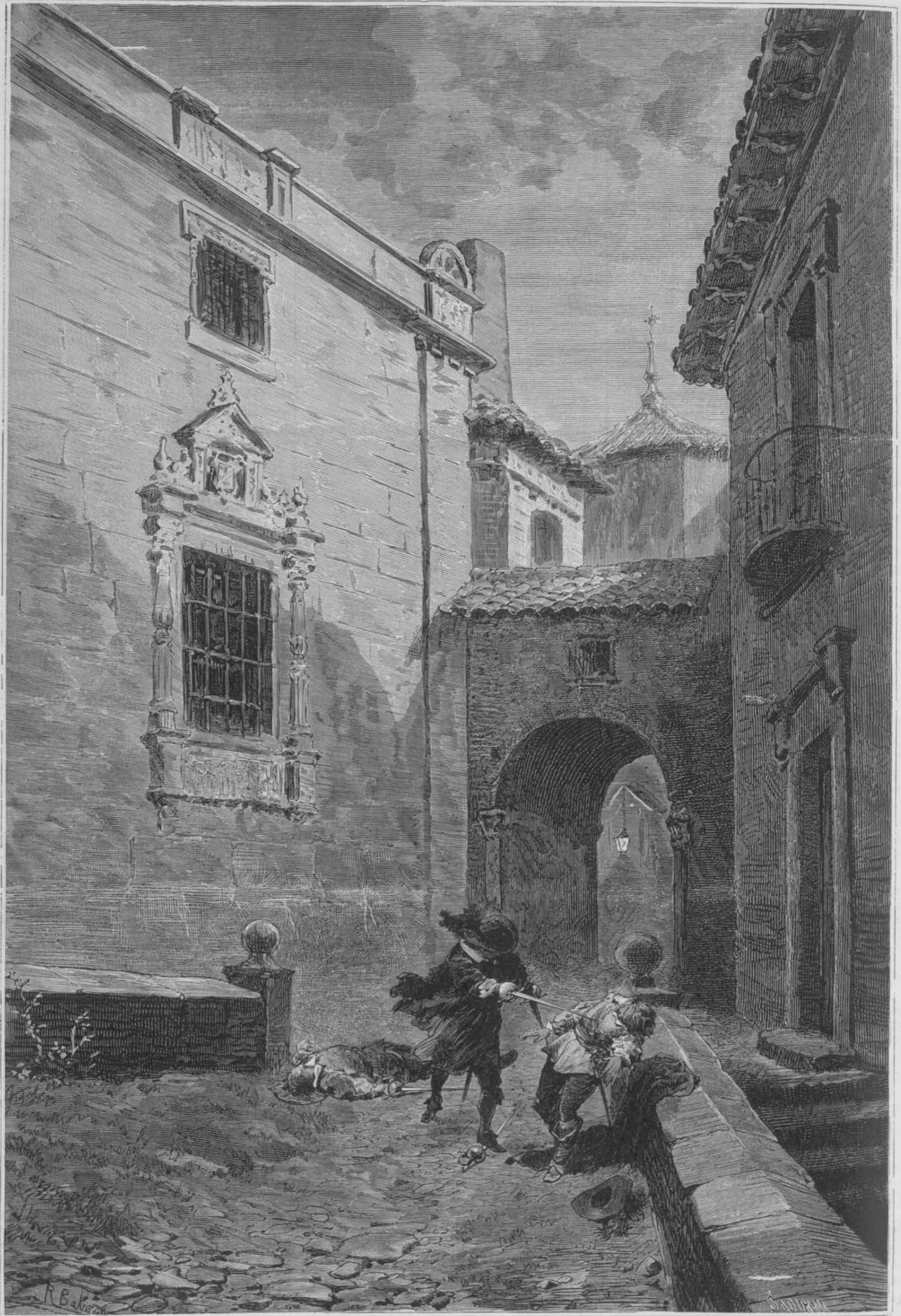
II

VERBOS

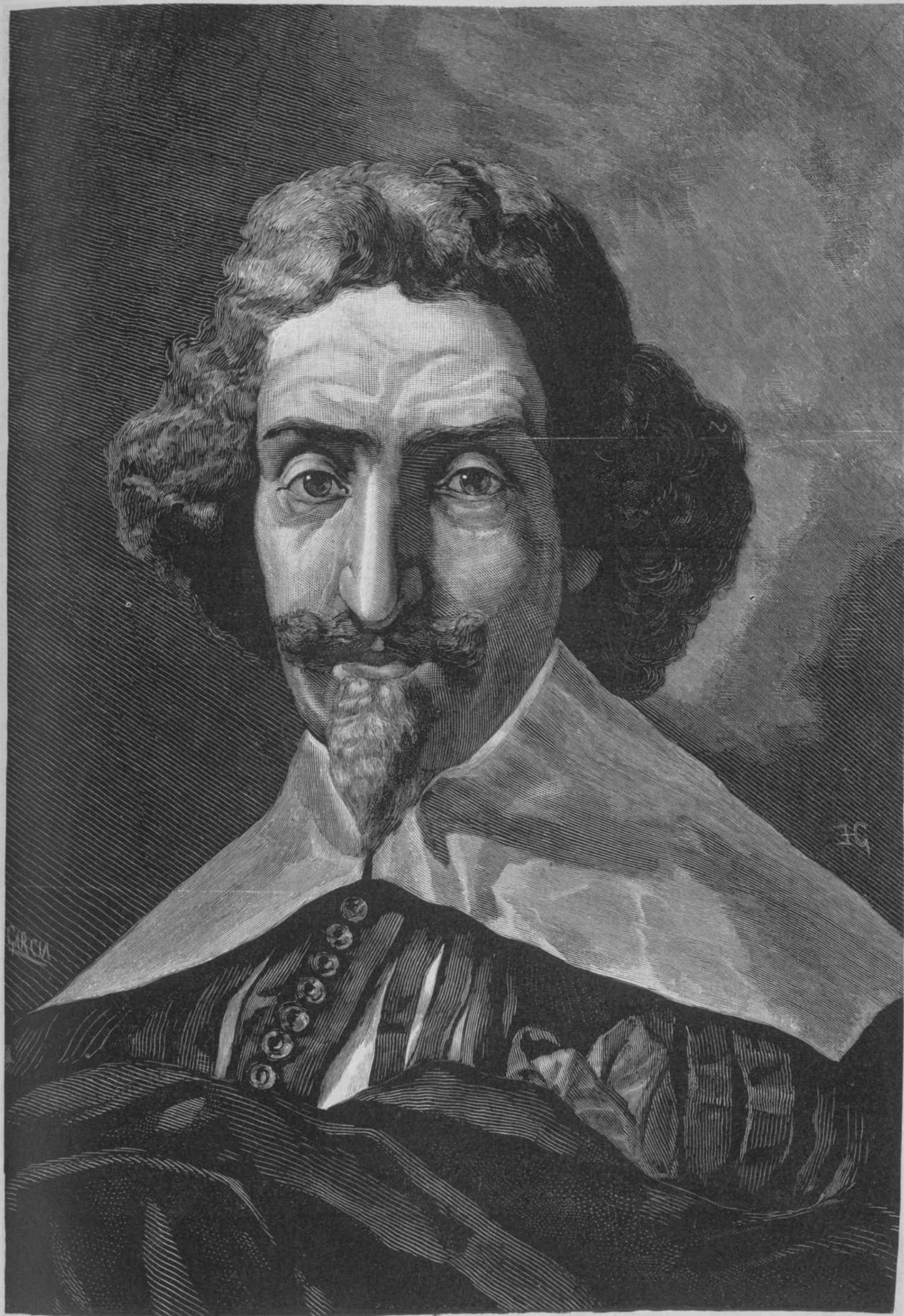
—Abatir.—Este verbo no es anticuado más que en su verdadera significación, que hoy no se le da nunca en el lenguaje culto, y casi nunca en literatura. En la provincia de Salamanca aún sigue usándose el verbo *abatir*, en su sentido más literal, que es *caer*: En *La Celestina* hallamos:

« Abatióse el gerifalte y vénele á enderezar en el alcándara » (1).

(1) Primer acto de *La Celestina*.



UNA NOCHE TOLEDANA — COMPOSICION DE RICARDO BALACA. GRABADO DE CELESTINO SADURNI



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA — COPIA TAN EXACTA COMO ARTÍSTICA DE UN ORIGINAL AUTÉNTICO, DEBIDA AL LÁPIZ DE GARCÍA. GRABADO DE GÓMEZ

—Abarrancar.—En las coplas de *Mingo Revulgo*, hallamos:

«Allá por esas quebradas
Verás balando corderos,
Por acá muertos carneros,
Ovejas abarrancadas.»

Sin embargo, *abarrancar*, en el lenguaje usual de nuestros provincianos, tanto en sentido literal como figurado, significa saltar barrancos, atropellar ó vencer osadamente todos los obstáculos; valiéndose de la palabra *embarrancar* para expresar lo que quieren decir las coplas.

—Acezar.—Con poco tino hemos sustituido el verbo *jadear*, que la poesía rechaza, al de *Acezar*, á nuestro entender más suave y más culto. Lucas Fernández en su Auto de la *Pasión*, refiriéndose á Jesús subiendo el Calvario, oprimido bajo el peso de la cruz, dice:

«¡Oh! que fué verle acezando.»

Á más del verbo *acezar*, y en su misma significación, hemos oído usar en los contornos de Salamanca el de *Cefrar*, que en vano hemos buscado en diccionarios ni obras de nuestros antiguos escritores.

—Acuitar.—Este verbo, desterrado del lenguaje hablado, se usa aún en poesía, y á veces en prosa, aunque en este último caso por lo regular sarcásticamente.

—Alardear.—Usamos más bien, ó suplimos este verbo en el lenguaje culto con la paráfrasis, *hacer alarde*.

—Adamar.—*Amar con vehemencia*, interpreta el *Diccionario de la Academia*, equivocadamente. *Adamar* significa amar á lo *dama*, á lo cortésano y señor, obsequiar, galantear, y así nos lo revela la siguiente cita sacada de las obras de Lucas Fernández:

«Nunca á tal *adamé* yo.» (1)

—Ahutar.—Ahutarse.—Verbo recíproco cuya verdadera significación es *parecerse*. El *Diccionario de la Academia* no lo trae.

—Ahuciar.—Esperanzar: confiar.

—Acuciar.—Desear.

—Allegar.—El verbo *allegar* no significa *llegar*, como pudiera creerse, sino *juntar*, *arriamar*, como nos lo demuestra la siguiente cita tomada de *La Celestina*:

«Tan bien se muere el que mucho allega como el que pobremente vive.» *Allégate á mí*: dicen nuestros paisanos.

—Aldabar.—No sin extrañeza hemos visto que el *Diccionario de la Academia* no trae este verbo, y sí el de *aldabear*, llamar fuerte con la aldaba, siendo así que al ocuparse del sustantivo femenino *aldaba*, no sólo trata de la que sirve para llamar, sino de aquella otra cuyo destino es afianzar las puertas y ventanas interiores, cuya operación definen los paisanos de la provincia de Salamanca, y de otras muchas, valiéndose del verbo *aldabar*, como se valen del de *atranzar*, que sí trae el *Diccionario* cuando se trata de cerrar con tranca.

En Salamanca y fuera de ella se usa también el verbo *pechar*, que significa *cerrar con llave*. El *Diccionario de la Academia*, al ocuparse de este verbo, no lo explica más que en su acepción de *pagar pechos*.

El verbo *pechar*, que no hemos hallado en ninguno de nuestros escritores, se usa muchísimo en toda Castilla, Extremadura y Andalucía, en el sentido que dejamos dicho de cerrar con llave, usándose igualmente el de *despechar* para la acción de abrir.

—Aojar.—Hacer mal de ojo. No hallamos ni hallaremos nunca la conveniencia de sustituir á un verbo castizo y culto, una paráfrasis mal sonante y poco significativa.

«Quizas que estás aojado:
Tú misma me aojaste.» (2)

—Apazconar.—Apaciguar.—La primera vez que oímos, hace apenas tres años, este verbo, tan castellano, tan regular, tan significativo, lamentamos que nuestro descuido y negligencia deje olvidadas, relegadas al lenguaje vulgar, voces que en todo tiempo enriquecen y dan lozanía á un idioma, y que desterradas por completo de la literatura, olvidadas ó desconocidas

de los filólogos, concluyen por desaparecer del idioma hablado, como ya han desaparecido del escrito.

Si estudiamos la estructura de los verbos *apazconar* y *apaciguar*, no podremos menos de confesar que el primero, el que hoy está relegado al último rincón de una provincia, no es, como pudiera suponerse, corrupción del segundo, del usual, del admitido por el uso, sino su generador; y como raíz de donde el otro ha nacido, no sólo más castizo, si que también más expresivo. *Apazconar* expresa mucho mejor el acto de *poner en paz*, que *apaciguar*. A más *apazconar* es un verbo regular en todos sus tiempos y personas, en tanto que *apaciguar* necesita valerse de la diéresis para hacer sonar la *u* entre *g* y *e*, en la primera persona del pretérito perfecto y en todo el tiempo presente de subjuntivo.

—Apatascar.—Apatascarse.—Este verbo es activo y reflexivo, y en ambos casos pertenece al lenguaje familiar y doméstico, sin que el castellano culto tenga otro con que suplirlo, ni que exprese su significación.

Apatascar quiere decir recoger, abrigar, acostar á los niños, dejarlos sosegados y durmiendo. Todo esto lo suplen los provincianos de Salamanca con el verbo que nos ocupa, y que se oye constantemente en boca de las madres que, refiriéndose á sus hijos, dicen: Ya los *apatascué*: ya los dejo *apatascados*.

Apatascarse significa envolverse bien en las ropas de la cama; saber elegir el mejor sitio para calentarse al fuego de la chimenea; embosarse y taparse con la capa ó la anguarina; abrigarse bien en invierno.

La concisión con que este verbo resume, por decirlo así, una serie de actos que gráficamente concreta, nos hace creer que sin conseguir nunca carta de naturaleza en el lenguaje culto, sobrevivirá á otras voces quizá más literarias, pero no de tan indispensable uso en el lenguaje familiar.

—Apitar.—El *Diccionario de la Academia* no trae ese verbo, que significa llamar de lejos, y lo usan mucho nuestras gentes del campo para expresar el acto de hablarse ó llamarse unos á otros cuando están en distintas heredades.

«Con pracer demos apito»

dice Lucas Fernández en una de sus farsas, para significar el acto de volver al pueblo cantando y dando gritos de alegría.

—Arrear ó arreararse.—Este verbo como anticuado es reflexivo y se usa mucho, sin que esté del todo desterrado de la literatura. En sentido irónico y aludiendo á una persona mal ataviada, ó destrozada ó sucia, dicen los paisanos de Castilla: ¡Vaya unos *arrees*!

«Y con gran modo se *arrear*.» (1)

—Arregostarse.—*Regodearse*. Se usa en Asturias, ambas Castillas y puede decirse que en toda España. Más que palabra anticuada pertenece al lenguaje vulgar de los labradores. Su raíz debe ser Agosto, como mes de la recolección.

—Atollar.—Lo mismo que embarrancar. No ha caído por completo en desuso, sobre todo en sentido figurado.

—Atorar.—Tanto como *atascar* ó *atascarse* comiendo: atravesarse la comida en el tragadero.

—Barruntar.—«¿No basta un celoso en casa, ó *barruntar* á Melibea?» (2)

«Porque cree de ligero
Agua coge en el farnero,
Mas el lobo y la gulpeja
Siempre son de una conseja
Barruntando su dinero.» (3)

En Salamanca se llama aún *barruntas* á los enterradores y muñidores de cofradías. Es decir que *barruntan* los muertos.

—Baldonar.—De baldon. Verbo caído en desuso muy sin razón, y que con gusto viéramos restaurado.

«Tú que sientes me baldonas.» (4)

«Viviría siempre pobre y baldonado.» (5)

—Brezar.—Acunar.—Brezar es verbo muy

- (1) Lucas Fernández. Auto del *Nacimiento*.
(2) *La Celestina*. Acto 2.^o
(3) *Coplas de Mingo Revulgo*.
(4) *Romancero del Cid*.
(5) *La Celestina*. Acto 3.^o

antiguo, que se deriva de *brezo*, cama formada sobre zarzos. El *Diccionario de la Academia* no lo trae. En portugués se usa aún, hasta en literatura, el sustantivo *Berco*, para nombrar la cuna, y en el Occidente de España es donde hemos aprendido nosotros el verbo *brezar*.

—Bullir.—Sonar.—«Bulla moneda.» (1) Este verbo como muchos otros, no es anticuado más que en alguna de sus acepciones.

—Catar.—La genuina significación de este verbo es *mirar*, no en sentido literal, sino en el figurado de observar, reparar, atender, poner atención. En portugués se usa por *mirar*, y Tirso de Molina en su comedia *El Amor Médico* se burla de esta acepción por boca del gracioso que dice á su amo:

«¿Ojos catas?» Es decir: ¡ojos pruebas! pues catar es probar, literalmente hablando, aunque los antiguos dieran á este verbo más elevado sentido, como lo demuestran las citas siguientes:

«En catar vuestas haciendas» (2)

«Aturdido está el gentío

Viendo lo tal, no catando

Que dambos eran leones

Y que el Cid era el más bravo.» (3)

—Carmenar.—Zurrar, repelar:

«Que viene una milanésa

Tras mí, por me carmenar.» (4)

Este verbo, bastante expresivo, se usa aún en son de amenaza, de superiores á inferiores, sin que necesitemos explicar que el acto de *carmenar* á que se refiere, es más que significativo en el sentido figurado que lo usa el poeta.

—Cimbrar.—Cimbrar no es cimbrar. Este verbo como el anterior está en sentido figurado y lo exprimen cumplidamente estos dos versos:

«El palo bien arrimado

Cimbrado en aquella tiesta.» (5)

Cimbrar el cuerpo: *sacudir el polvo*.

—Decrinar.—*Decrinar* no se explica por declinar, ni es como pudiera creerse una corrupción de este verbo. *Decrinar* quiere decir significar, como claramente lo expresa el ejemplo siguiente:

«El son de tarabolan,

Tan, tan, tan,

¿Sabéis, señor, que *decrina*?

Que tarde los pagarán.» (6)

Recordamos que las criadas charras de nuestra casa cuando veían sobre los muebles algún objeto cuyo uso les era desconocido, preguntaban á nuestra hermana: «Señorita ¿qué *decrina* esto?»

RAFAEL LUNA.

(Se continuará.)

(1) *La Celestina*. Acto 3.^o

(2) *Romancero del Cid*.

(3) *Id.* El romance, á nuestro entender equivocadamente, dice: «Aturdido está el gentío—Viendo lo tal, no acatando—Que ambos eran leones—Mas el Cid era el más bravo.»

(4) Juan de la Encina. Auto del *Repelon*.

(5) Juan de la Encina. Auto del *Repelon*. Tiesta cabeza.

(6) Lucas Fernández. *Farsa ó cuasi comedia*. Dos pastores y un soldado argumentando sobre la profesión del último.

EL FUEGO DEL CIELO

I

En todos los pueblos, como en todas las edades del mundo, y bajo la influencia suprema de todas las religiones, el fuego del cielo, el rayo, fué siempre como un amago, cuando no como un castigo, de la cólera divina, de la justicia de Dios, hablando á los hombres con la voz del trueno y escribiendo con fulgurantes signos en lo fosco de las nubes los preceptos infringidos.

Y en efecto, aún dentro de la civilización que alcanzamos, descreída y casi atea, cuando al rumor del trueno enciende y vibra espada de fuego la fulguración de la tormenta, el hombre más indiferente se acuerda de la fe, y pensando en Dios por una relación de conciencia, ve acaso en cada relámpago un amago de esa cólera divina.

Sin embargo, respetando siempre esa creencia universal y aún racional, pues Dios, como causa suprema, subordina y manda las fuerzas todas de la naturaleza,

(1) *Farsa ó cuasi comedia*. Colección del Sr. Cañete.

(2) Lucas Fernández. *Farsa ó cuasi comedia*.

la ciencia moderna, esa hija póstuma de todos los siglos, ha explicado este fenómeno demostrando que no es sino el efecto natural de una descarga eléctrica en el seno de las nubes.

Sea como quiera, y abandonando á los físicos por árida la cuestión didáctica, el rayo es el amago más terrible que pueden temer los hombres, pues no hay resistencia posible á sus pavorosos estragos. El borrascoso mar azota, quebranta y hunde en sus abismos gigantes y potentes naves; pero golpeando el mundo con sus violentas ondas, y escupiendo al cielo su trabajada espuma, se detiene esclavo ante un límite de arena: el huracán bravío arranca de cuajo centenarios árboles, derriba las más fuertes obras del hombre y barre como leves aristas dromedarios y elefantes; pero brama y forcejea impotente al pie de la montaña: el terremoto, ese temblor de horrenda fiebre, *delirium tremens* de la tierra, destruye edificios y ciudades; pero de siglo en siglo, y á lo ménos deja vivir al hombre en campo raso, bajo su choza de paja. ¿Dónde, Dios mío, dónde ni cómo podríamos preservarnos del frecuente rayo, rápido, ubiquista, supremo en poder y fuerza de exterminio contra hombres y animales, contra árboles y casas, contra ciudades y montes; chispa de electricidad de un mar de fuego latente en la misma atmósfera que respiramos?

Y hay casos de extrañas fulminaciones que no ha explicado ni acaso explique nunca la ciencia. Una noche de tormenta hubo de caer á bordo de un buque una chispa eléctrica tan cerca de un navegante, que sintió éste el calor del mismo rayo y un olor acre y sulfuroso. Con todo eso, el rayo no le había tocado, y el hombre salió del peligro incólume; pero el día siguiente observó con verdadero asombro que el cabello, la barba, todo el pelo de su cuerpo, cubierto ó descubierto, se le caía por su propio peso.

Otra vez iba de camino un jinete militar, y vino á sorprenderlo una tempestad en medio de su jornada. Andando, andando, vió de pronto serpear una centella sobre su misma cabeza. El caballo retrocedió de un repulso, y queriendo el jinete dominarlo, fué á meter espuelas y notó que sólo metía los talones; fué á hacer hincapié, y observó que le faltaban los estribos; fué á frenar el ya desbordado bruto, y se le vinieron encima las bridas. Intentó entonces, como último recurso, hacer uso del sable, y no encontró ni la acerada vaina... El acero, el hierro, el bronce, todo el metal que llevaban caballo y caballero había desaparecido bajo la misteriosa influencia de la chispa eléctrica.

En otra ocasión yacía un pobre enfermo en el lecho del dolor, víctima de un reumatismo crónico ó rebelde, que lo tenía impedido de todos sus miembros hacía muchos años. Era una triste mañana: el cielo estaba oscuro, callado, inminente de tempestad; y estando fría y húmeda la atmósfera, no fué el médico á visitar á su reumático cliente. ¿Para qué? Sabía, si no por ciencia ni conciencia, por experiencia á lo ménos, que había de estar peor de salud, y no encontraba en sus libros nada eficaz que propinarle. Había en la Biblia todo el bálsamo de Israel y de la Cruz, bálsamo que suaviza todos los dolores; pero éste no era libro del *doctor*, sino del cura. El cura, sin embargo, tampoco fué á visitar al doliente aquella mañana húmeda y fría. A la mano de Dios.

Luégo estalló la tempestad con relámpagos y truenos, y entre ellos hubo de deslizarse, á cumplir sin duda por el médico y el cura, una chispa eléctrica, ó si queréis divina.

La visita, empero, fué brevísima, pues el rayo no hizo más que entrar por el techo de la alcoba, correrse por uno de los hierros verticales de la cabecera del lecho en que yacía el enfermo, y desaparecer no se sabe cómo ni por dónde.

Al ver tan rápido como deslumbrante brillo, se incorporó súbitamente el reumático, siguiendo un impulso irreflexivo, puesto que se creía absolutamente impedido por el mal que le recordaban sus dolores; pero reflexionando luégo, hubo de reconocer que, mediante su impedimento, no debió haber podido incorporarse con facilidad tan súbita. Y observando con la más grata sorpresa que habían cesado todos sus dolores, se puso á hacer experimentos ó pruebas, primero con los brazos, despues con las piernas, y finalmente con todo el cuerpo, llegando así á adquirir la plena y satisfactoria convicción de que el rayo le había curado su crónico ó rebelde reumatismo.

Refiere Weichar (*Philosophical Transactions*) que en el año 1670, habiendo caído un rayo en el lago Zircknitz, se vió flotar luégo al punto tal número de peces muertos, que los habitantes del contorno hubieron de llenar 28 canastos.

Hemos leído en un libro viejo, pero no por viejo ménos fidedigno, que una dama principal que cita, al ver lucir el primer relámpago de una tempestad, hubo de extender la mano, ricamente adornada de sortijas, para cerrar una ventana, queriendo así preservarse del peligro.

Una chispa eléctrica fulguró en aquel momento con un silbido siniestro, ahuyentando á la dama, que ni tiempo tuvo para cerrar la ventana. Pero ya no llevaba las sortijas, que el rayo sin duda había fundido sin calentar siquiera la epidermis de los dedos.

Iban de caza tres amigos, y uno de ellos llevaba en el zurrón una botella de vino bien lacrada. Sorprendiólos en el monte una lluvia de verano, y viendo que la nube no dominaba la cresta, á la cresta treparon imprudentes hendiendo los densos vapores de la nube.

Un rumor extraño sonaba á sus oídos, crujía muchas veces el aire agitado por sus cuerpos, y no pocas despedía algo fosforescente el cañon de las escopetas.

Pero, en fin, ya arriba al sol, mientras abajo llovía, sentáronse á tomar un refrigerio, y, ¿cuál no fué la sorpresa de todos al encontrar vacía la aún lacrada botella!

Un anciano párroco de un pueblo que años atrás visitamos, guardaba como piadoso testimonio de un milagro que vivaba la fe de sus sencillas ovejas, un lienzo (muy malo, por cierto) en que se representaba el prendimiento de Cristo.

En efecto, el Cristo estaba intacto, mientras todos los sayones aparecían muy castigados por un rayo, por el fuego del cielo, decía pavorosamente el santo varón.

Peró un observador que nos acompañaba, notó, á despecho del párroco, con frialdad hasta herética en medio de tanta ingenuidad, que estando comidos ó quemados, como gran parte de la indumentaria, los labios todos de los sayones, el rayo buscó únicamente lo rojo, color que no había en el Cristo, de labios cárdenos y túnica oscura.

¿Qué obcecación!—decía con dolor el bueno del párroco.—¿Está viendo al divino Maestro triunfante sobre todos sus enemigos heridos por el fuego del cielo, y aún no lo cree!

¿Será cierto que el rayo prefiere ciertos colores?

En el otoño de 1774 cayó un rayo en un establo de Sussex, donde había un buey negro con pintas blancas, segun leemos en una memoria de la época. Pasada la tempestad, se observó con extrañeza que todas las manchas blancas del hermoso animal habían quedado en piel monda, aunque intacta, mientras todo el pelo negro que cubría lo demás del cuero conservaba su natural adherencia.

Es, pues, cierto.

Peró hé aquí otro caso.

Una perra blanca criaba tres cachorros negros. Cayó un rayo en la perrera y quedaron muertos los tres perros negros, al paso que sin lesión ninguna huyó de allí la perra blanca.

No es, pues, cierto.

Peró ¿quién sabe? ¿Hay tantos átomos de ciencia vando aún en el caos del pensamiento!...

Mil y un casos más de rareza inexplicable pudiéramos referir por amenidad siquiera; pero no vamos á lo raro, sino á lo terrible del rayo, para apreciar bien y agradecer mejor luégo la gran invención de la defensa.

II

Lleva el rayo en su leve, sutilísimo é incoercible fluido el supremo y fiero poder de la muerte. Si fuera causa consciente, no ciega, sería execrable; es sólo horrible, por ser inconsciente y ciega. Mata al hombre, como á cualquier otro animal, sorprendiéndolo siempre y siempre traidoramente. Destroza las carnes sin tocar los huesos; quebranta, quiebra los huesos sin tocar las carnes; quema ó hiela la sangre sin tocar carnes ni huesos. Penetra en el pecho, como en el cráneo, rompiéndolo; ó por los poros, sin rozarlos ni ofenderlos, apagándose en el corazón ó en el cerebro, sin herir, pero matando; ó hiriéndolo todo, carbonizándolo todo. Se extingue á veces en los ojos de un tierno niño cegándolo; otras veces, atizándose, revolviéndose en su misma ignea virtud tiene lumbré inextinguible para hacer hervir un piélagos y humo y hedor sulfuroso para asfixiar cuanto respira á su alcance; ¡Horrible, horrible es el rayo!

Por eso en todos tiempos procuró el hombre, aunque en vano, ponerse á buen recaudo del atroz cuanto inminente peligro, inventando medios ó recursos que neutralizaran la acción mortífera del rayo.

Los antiguos, segun Plinio, creían que el rayo no penetraba en tierra más de una vara, y así cuando amagaba tempestad, se guarecían en cavernas ó aposentos subterráneos, á más de una vara de profundidad, donde ya se daban por seguros. Y no ya el vulgo ignorante y sencillo, el mismo emperador Augusto se escondía bajo tierra, segun refiere Suetonio, cuando el primer relámpago anunciaba que rompía la tempestad.

Peró ¿quién puede asegurar aún con toda la ciencia de los tiempos modernos que van inquiriéndolo todo, quién puede asegurar á qué profundidad penetra el rayo en la tierra?

Desde luégo algunos casos de rayos que entraron en los subterráneos preservativos desmienten la creencia de los antiguos. Despues de todo, si el hombre necesita aire para vivir, donde quiera que se hunda y viva, allí

penetrará ó puede penetrar el rayo, fluido más sutil que el aire.

Los emperadores del Japon, segun Kämpfer, añadieron á éste otro preservativo, el del agua, que extendían en estanque sobre la bóveda, ó arco superior del subterráneo; pero sin hacer valer el precitado caso de los peces del lago Zircknitz, queda siempre subsistente y válida la misma posibilidad: el rayo puede entrar donde quiera que entre el aire.

Igualmente creían los antiguos, y muchos modernos también, que la lana era un preservativo seguro contra el rayo, y así, pues, se envolvían en vellones ó mantos, y últimamente en mantas ó colchones, al primer amago de tormenta. Pero los hechos han venido á probar que no es ménos errónea esta otra creencia. En la obra ántes citada (*Philosophical Transactions*) hay varios casos que pudiéramos citar, sobre desgracias ocurridas entre lanas, que no neutralizaron, ni mucho ménos, el rayo.

La piel de vaca marina tenia para los romanos la virtud de ahuyentar este peligro, y hacíanse tiendas de estas pieles preservativas, adonde en días tempestuosos se amparaban los tímidos que no tenían gran confianza en Júpiter Tonante. Suetonio dice de Augusto que tenia también su piel de vaca para no temerle al rayo ó temerle ménos.

Peró esto no pasaba de ser una superstición como la de ceñirse una camisa ó piel de culebra con el mismo objeto.

Otros tenían la creencia de que el rayo respetaba ciertos árboles, y con sus hojas y ramas pretendían escudarse durante la tempestad.

Quando el cielo estaba tempestuoso—dice Suetonio—no dejaba Tiberio de ceñir una corona de laurel, en la fe de que el rayo respetaba siempre las hojas del árbol sagrado.

Tiberio y los de sus ideas se engañaban, como se engañan hoy día los que suponen que el rayo respeta ningún árbol: ni el pino, con ser tan resinoso, y por consiguiente tan mal conductor como quieran Grey y Wchler, está á salvo del fuego eléctrico. Maxwell pone el pino entre los árboles más castigados por el rayo, y cita en comprobación de su aserto numerosos y fidedignos casos.

Hay físicos que afirman, aún en nuestros días, que una caja de vidrio preservaría seguramente á una persona encerrada en ella, puesto que el vidrio es mal conductor de la electricidad. En efecto, los mangos aisladores que se usan en los laboratorios de física, de vidrio ó resina son; pero ya hemos dicho, con testimonio de Maxwell, cómo respeta el rayo el resinoso pino, y ahora vamos á ver cómo respeta el vidrio.

El rayo que cayó en Pádua el 17 de Setiembre de 1772, en una casa situada en el *Prado della Valle*, atravesó un cristal de la ventana del piso bajo, haciéndole un agujero redondo y limpio.

El rayo que el 15 de Junio de 1776 cayó en el palacio Minuzzi rompió más de ochocientos vidrios.

El ingeniero Casell, de Alejandria, observó en 1778, inmediatamente despues de haber fulgurado la chispa eléctrica, unos agujeros perfectamente redondos y casi limpios ó sin hendeduras adyacentes en los vidrios de su ventana.

En Setiembre de 1824, habiendo caído un rayo en *Millon of Comage*, en casa de Mr. William Bremmer, se halló uno de los vidrios de la ventana atravesado por una rotura circular del diámetro de una bala de fusil, sin que en lo demás de su extensión ofreciera el cristal la más leve hendedura.

Pudiéramos añadir aún otros muchos casos idénticos ó análogos; pero basten los citados para probar que no es tampoco el vidrio medio eficaz para preservarse contra la fuerza ciega, potente y desastrosa del rayo.

Y ¿cosa rara! Hallamos entre los salvajes de los pueblos y tiempos antiguos una indicación preciosa.

Los trances—dice Heródoto—tienen la costumbre, cuando relampaguea ó truena, de disparar flechas al cielo como en amago.

Y ¿por qué como en amago y no como para descargar de electricidad las nubes, atrayéndolas con sus flechas puntiagudas y aceradas?

¿No es este el embrion, digámoslo así, del para-rayos? ¿Se habría inspirado Franklin para su inmortal invento en esta preciosa indicación de un pueblo bárbaro?

Plinio dice también que los etruscos sabían hacer bajar el fuego del cielo y dirigirlo á su voluntad para exterminar monstruos.

¿De qué modo?

Hé aquí un secreto perdido.

Peró Franklin lo adivinó.

Recordemos en su honor una historia interesante.

(Se concluirá.)

CECILIO NAVARRO.

CUADROS DEL NATURAL

ESCENAS
POPULARESEN UN MERENDERO
DEL RÍO MANZANÁRES

La tarde está hermosa: el sol radiante, y los pájaros con sus gorjeos saludan á la próxima primavera. Los campos reverdecen, los árboles se pueblan de capullos y la naturaleza entera parece salir del entumecimiento que le ha dado la helada aridez del invierno.... Nadie sabe disfrutar mejor de este cambio de estación que esos hijos del pueblo que dicen: *vamos á tomar el sol*; sol que van á buscar acompañados de la bota del bautizado Valdepeñas, y la cazuela de arroz con patatas y con bacalao; sin embargo, hay algunos que por no tomarse el trabajo de conducir esos dos adminículos prefieren que les preparen la merienda en alguno de los infinitos ventorrillos de que se encuentran bien provistas las orillas del escuálido Manzanares; allí bajo el esqueleto de emparrado de uno de esos merenderos que como aliciente ostenta el sacramental letrero de *Se guisa de comer — Callos y caracoles*, bajo el emparrado, repetimos, de uno de estos establecimientos que se encuentra situado á la entrada de la Virgen del Puerto y próximo á un lavadero, se hallan sentados en un tosco banco y en derredor de una coja mesa tres individuos, que á juzgar por sus amaratados rostros y lo vago de sus palabras, han honrado á *Baco* en demasía: hieren sin concierto las rotas cuerdas de una destemplada guitarra, y á su desagradable compas entonan canciones á cuya letra deben estar acostumbrados los oídos de algunas personas que formando corro parecen escucharlas con singular agrado.

—Qué bien canta el tuno del *Chiflado*—dijo una moza de no mal rostro, pero de sucia y desastrada catadura, llena de harapos; pero con botas de chagrin casi nuevas, que dejaban lucir unos pequeños y delicados pies.

—Calle; pues si es la *Pelúfres*: yo te hacía sirviendo, muchacha—contestó el *Chiflado*.

—Hace ya más de quince días que me sali, me mandó mi ama á la zapatería por unas botas, me las puse yo... y *vele ahí*, que dijo el otro.

—Muy bien hecho, vaya si te has aprovechado de las lecciones del *Merengero*.

—Mira, *Chiflado*, no me nombres al *Merengero*, que la partida que me ha jugado ha sido más negra que tu sangre.

—Pero, escucha, chica. ¿Puede saberse qué es lo que te ha hecho?

—Pues nada; que el muy tuno, después

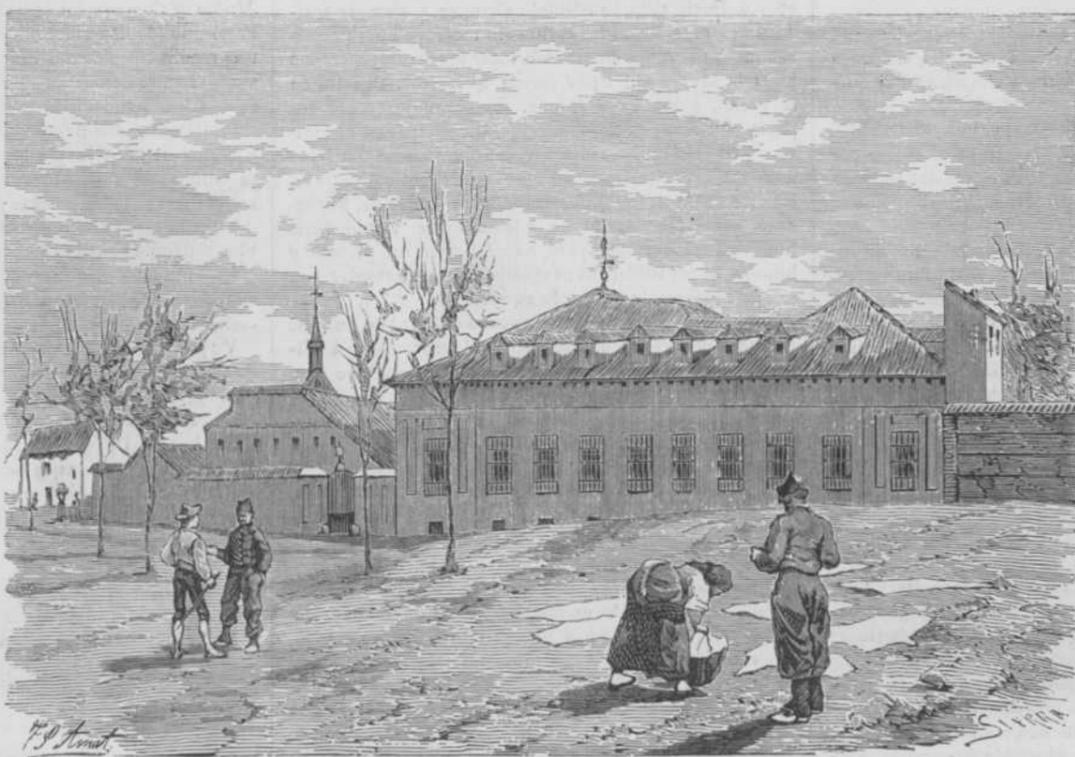
EPISODIO DE LA GUERRA



JÓVEN RUMANA

DIBUJO DEL PINTOR LETRE — GRABADO DE MASI

ESPAÑA PINTORESCA



LEGANES — VISTA EXTERIOR DEL MANICOMIO

que yo creí que me quería con buen fin, está casado por detrás de la iglesia con la *Menejilda*, la *Zurcidora*; claro... así son los hombres: como ella tiene siempre en la faltriquera una peseta, vamos al decir un duro, y lo puede despilfarrar con él, *vele ahí*, que dijo el otro; como yo soy una *probe* sirvienta, y no podía darle más que algunos garbanzos que sobran del cocido, me ha dejado plantada; pero no me importa: ya tengo con quien entrar en querencia, y que es muy rebuen mozo, además de que cuando yo esté desacomodada me servirá de algo, porque es rancho de San Gil... Pero con todo y con eso, lo que es á la *Zurcidora* la tengo que arrancar el moño como estas son cruces... ¡*míalas!*... que una moza como yo no se queda así...

—Mira *Pelúfres*, ándate con *cuidao*, que los guardias están listos, y si te *descudias* te van á poner á la sombra.

—Mejor, *mía* tú, me pondré más blanca; pues tan *requemá* estoy del sol, que parezco al ama del chico de la generala, que la trajeron de la China ó no sé de dónde.

—¿Con qué tú le vas á zurrar la piel á la *Zurcidora*?

—Pues ya lo creo.

—Quisiera yo verlo.

—Pues si no ciegas, lo verás.

—Anda, anda, mira quién sale del lavadero.

—Calle, pues si es la *Melindrosa*...

—Oye tú, chica, vente para acá, que aquí está el *Chiflado*, *Candileja* y el *Lidiador*.

—Buenas tardes nos dé Dios.

—¿Cómo es que *arrecojes* hoy la ropa?

—Porque no estaba seca ayer tarde—contestó la interpelada, que va bien vestida y con aseo.

—Esta sí que anda bien: como su madre lava y ella *aplancha*, todo se queda en casa, y *aluego* á ella no la da el viento por los pícaros hombres... que sinó!... pero eso va en gustos.

—Mirar, chicas, sentaos aquí y tomar unas copas, veréis cómo os calientan el *estógamo*.

—Y que dice bien el *Chiflado*.

—Sí, pero es que yo tengo prisa, hay mucho que *aplanchar*.

—Pero, mujer, á *naide* se le ha echado á presidio por tomar con los amigos un plato de callos ó unas copitas; pues *asiéntate* y á manducar, que el *Chiflado* paga todo el gasto, y más que hiciésemos.

—Sí, pero mi madre me está esperando...

—Pues... mira tú, que espere; cualquiera diría que te esperaba algún *silbante* de esos que se ponen la camisa lo de abajo arriba, vamos al decir, con los faldones por cima de la corbata.

—Si ya saben en todo el barrio que yo no tengo novio, ¿á qué vienen esos cantares?

—Pues mira, chica, lo que es el señorito que vemos entrar algunas veces, por algo va á tu casa; todos lo hemos visto, con que no te hagas la santa... Que á ti no te gustan los chulos, lo sabemos; por eso la *vesita* que recibes gasta chistera.

—Estáis equivocados, eso no va por mí.

—Pues por tu madre no será. Vaya mujer déjate de *requilorios* y habla claro, que pareces una monja de puro fastidiosa. ¿Te quieres dejar de rodeos?...

En aquel momento se detuvo un coche de alquiler á la entrada del paseo, y salieron de él dos mujeres y un hombre.

La *Melindrosa* se estremeció, y dirigiéndose al coche se colocó delante de las dos mujeres que se habían apeado, mientras el jóven que las acompañaba cerraba la portezuela y daba una orden al cochero.

—¡Ah! estás aquí, Raimunda. Ya te había visto, pero como ibas acompañada.

—Si, señorita, por más que hacía porque esos me dejaran, no lo podía conseguir; y como D. Alberto me había dicho ya que iban Vdes. á venir, los esperaba.

—¿Y mi hija?—preguntó aquella á quien la planchadora había llamado señorita.

—Tan hermosa—contestó la *Melindrosa*—tiene ya un diente, y ríe que es un primor; ya se lo he dicho todo al señorito.

—Anda, chiquita, avisa al amo que estamos aquí; llama para que nos abra. Esto de ser hoy fiesta es un demonio, porque hay mucha gente y nos vamos á lucir.

La *Melindrosa* se encaminó á una cercana casucha y dió dos fuertes golpes en la puerta.

—¿Quién?—preguntó una voz desde el corredor.

—Abra V., Sinforosa—dijo la señorita—somos nosotros.

—Sí, son los señores.

—Allá voy.

Y la mujer tiró de una cuerda, abrió la puerta y todos entraron; pero por pronto que la expresada maniobra fuese ejecutada, no fué tan rápida que pasara desapercibida por los concurrentes al merendero.

—¿Has visto eso, Chiflado?—dijo la *Pelúfres*.

—Ya lo creo que lo hemos visto.

—¿Qué *trapionda* será esa! Porque ese es el señorito que va á casa de la *Melindrosa*.

—Y á nosotros ¿qué nos va ni nos viene de eso?—dijo *Candileja*.

—Es verdad.

—Mirar, mirar; el titiritero viene.

El extridente sonido de un tamboril acompañado de una trompeta se dejó oír con inmensa alegría de los concurrentes al río. Era una cuadrilla ambulante de titiriteros, y se componía de dos hombres, una mujer, un chico y un oso. Vestía

ARTISTAS ESPAÑOLES



ANTONIO ROBERT

FALLECIDO EN BARCELONA EL 11 DE JULIO DE 1878

ESPAÑA PINTORESCA



MADRID — SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

la mujer un mugriento y viejísimo traje de bailarina, bordado de lentejuelas, y desgarrado en muchos sitios. Estaba la moza bien extraña; porque para guardarse del frío se envolvía en un viejo pañuelo de cuadros negros y rojos, del cual se despojaba para bailar el *vito* con el chico, que vestía de majo, de un modo bien absurdo y discordante, pues llevaba sombrero calañés y gabán, con lo que la pobre criatura estaba de lo más ridículo que imaginarse pueda. Sin embargo, entre los concurrentes á los ventorrillos del río tenía sus partidarios esta cuadrilla ambulante, tanto, que lo mismo fué sonar la corneta y el tamboril, y formarse en derredor de ellos un inmenso y compacto corro de admiradores. Comenzó la diversion por el juego malabar de los platillos, manejados con bastante destreza por el que parecía el director de la comparsa, que era un viejecillo amarillento y flaco, que vestía una opalanda floreada, y cubría su pelada cabeza con un indefinible casquete que él creía le daba un carácter chino; y de este modo engalanada su comitiva tenía la pretension de disputarle el puesto á la célebre compañía japonesa de Albini. Terminado el ejercicio de los platillos, la jóven se quitó su pañuelo y tomando en su mano una pequeña varita de hierro, hizo que el oso se colocase en el centro del redondel, y habló al auditorio de la siguiente manera:

—Voy á presentar á Vdes. al gran oso de la Siberia, al famoso Almanzor... Verán Vdes. las habilidades que posee, por las que el gran rey de Prusia dióle esta medalla: miradla, señores.

Y la jóven mostraba al público una medalla de cobre que el animal llevaba al cuello pendiente de una cinta encarnada. El miedo hacía que ninguno de los concurrentes se acercase tanto que le fuese posible leer la inscripcion de la medalla... El auditorio satisfecho y embobado, oía, veía y callaba, sin más averiguacion...

—Verán Vdes. ahora... Almanzor va á decir cuál es la más bonita de la reunion. Vamos... ¡Almanzor! manifiesta tu buen gusto.

Y el oso señaló á una vieja que vendía piñones y naranjas. La gente rió mucho.

Terminado el ejercicio del oso comenzaron los de dislocacion del chiquillo; y durante los cuales la bailarina y el viejo director sostenian este diálogo:

—¿Tú dices que ha entrado en esa casa blanca inmediata al lavadero?

—Sí, padre, sí, con ella.

—Pues esperemos á que salga, y en teniéndole aquí no se nos volverá á escapar, te lo juro.

—Va vestido de caballero. ¿Quién se lo había de decir á él que tocaba la gaita en

nuestra compañía! Sin duda que con el dinero que nos robó, se ha hecho señor.

—Si, hija; el dinero ganado de ese modo parece que luce más que el que se adquiere trabajando. Lo cierto es que él nos dejó en cruz y cuadro, y ahora se la echa de guapo y dirá que no nos conoce.

—Si, sí, á la compañía le robó el dinero, y á mi el corazón.

—Si las mujeres no tuvierais el corazón de mantequilla, no se lo comerian con pan los pillos como ese.

—Vaya, padre, que á V. también le parecía bien esa boda.

—Si, pero ya te decía yo que se aparearía por las orejas y que nos dejaría á la luna... no á la de Valencia, sino á la de Alcobendas.

—Calle V., padre, que se abre la puerta de la casa.

—Si, ya salen.

En efecto, de la casa del lavadero salieron las dos señoras y el caballero, acompañados de la *Melindrosa*.

Todos prodigaban un sinnúmero de caricias á la niña que la nodriza tenía en los brazos, la cual había bajado á despedirse de los señores.

Verlos la ambulante bailarina y precipitarse á su encuentro con el platillo petitorio en la mano, fué obra de un segundo, y descaradamente lo presentó á la señorita.

—Espera, Enrique—dijo ésta—le daremos á esta pobre joven algunas monedas.

El llamado Enrique contuvo un ademán en que se revelaba la contrariedad, y exclamó:

—¡Estos *vaga-bundos* me indignan. No sé qué gusto tienes en quererte rozar con semejante canalla!

—¡Pobre gente!...

—La señorita iba á continuar; pero no pudo, fué interrumpida por la estridente voz de la bailarina que dijo encarándose con el caballero:

—¿Con que, canalla? Mirame bien, y di quién es más canalla.

—¿Qué estoy mirando? ¡*Filigrana*!

—Si, *Filigrana*, la bailarina ambulante, la compañera tuya de fatigas; yo soy, yo soy, Enrique, aquella infeliz á quien tú, ingrato, abandonaste miserablemente dejándola en la miseria.

—Ven, hombre, ven—dijo el anciano con tono sardónico, ven no te asustes: todos somos tus compañeros, y aunque es cierto que tenemos una cuenta que arreglar, eso no quita para que nos alegremos de haber hallado á un antiguo compañero; porque aquel piquillo, que sin duda por descuido te llevaste, estamos ciertos de que nos le vas á devolver ahora mismo.

—Eso no me es fácil; porque la cantidad que yo tomé...

—Es decir, que tú robaste...

—Silencio, por Dios; tío *Araña*, no me pierda V.

—¡Miserable!

—Pero, Enrique, ¿qué es esto?—preguntó la señorita.

—Nada, esta buena gente, á quien conocí en otros tiempos, cuando vivía mi padre...

—¿Padre, tú?... ¡Qué desatino! Tú no has tenido padre; tú eres un expósito!

—Yo le ruego á V. que calle y que me siga á un lugar menos público; estoy en muy buena posición, y puedo hacer mucho por Vdes., si no me pierden.

—Sea, pero te advierto que si intentas una nueva infamia te deshago el espinazo del primer palo que te doy.

—Bien, bien, espere V.

Y dirigiéndose á la señorita, dijo:—Entra en el coche, Amalia; vete con Felisa, que yo tengo que hablar con los antiguos servidores de mi familia.

—Está bien, Enrique, nada comprendo; pero te obedezco, porque te idolatro; y esta tarde misma obtendré el permiso de mi padre para publicar nuestra unión.

Y seguida de su doncella entró en el coche que partió, no tan veloz como el rayo; pues, atendido á ser un coche de alquiler, la velocidad era excusada.

—¿Con que esa es tu mujer! ¿Con que es decir que ni esa esperanza me queda? ¡Miserable!

Entremos en este merendero y hablemos, mi querida *Filigrana*. Las miradas de esta gente me incomodan.

Pero las miradas de la gente habían sido llamadas hácia otro sitio, por un juego de ruleta de esos en que se ganan por un cuarto un sin fin de bollos y otras zarandajas.

EN EL INTERIOR DEL MERENDERO

El elegante gabinete que el llamado Enrique había tomado para celebrar una larga conferencia con sus antiguos camaradas, no estaba pintado y dorado como los gabinetes del restaurant de Fornos ó de la Suiza, pero en cambio tampoco estaba limpio, sus mugrientas y ahumadas paredes, en cuyos ángulos se guarecía la araña en su tela, los vidrios casi sin brillo á fuerza del polvo que los cubría, así como los ladrillos cubiertos también por una sucia capa de inmundicia, esto unido á la cargada y nauseabunda atmósfera que allí se respiraba hacía hasta tal punto repugnante aquella mansión:

se necesitaba estar muy acostumbrado á rodar por esa clase de sitios para no asfixiarse en tal aposento.

Sentados en un banco de pino, y ante una sucia mesa sobre la cual había dos jarros de vino y algunas copas, se encontraba la ambulante cuadrilla con el caballero que tenía la palabra de esta manera:

—Si mal no recuerdo, *Filigrana*, has dicho que no te queda esperanza.

—Y es cierto.

—Te equivocas, querida, á los veintiocho años se tiene aún mucho delante; mucho más una titiritera de lindo rostro. Escucha, mañana mismo, por mediación mía, estaréis contratados en el Circo de Price tu oso, y tú.

—¿Mi oso? ¡Ja! ja! ja! Mira, vuelve la cabeza y verás lo que está haciendo mi oso.

Y en efecto, el oso de la Siberia se había despojado de su piel y apuraba uno de los jarros de vino.

—Calle: ¿es un hombre?

—Si, ya ves que mi oso en el Circo de Price no haría negocio.

—Ciertamente; pero tú sí.

—Eso es verdad, en los juegos malabares no conozco rival.

—Pues bien, esta misma noche recibirás tu contrata.

—Me empeñas tu palabra.

—Te la empeño.

El caballero se despidió de la comparsa y salió del merendero.

UNA NUEVA ARTISTA

Veinte días despues los carteles del circo de Price anunciaban con retumbantes letreros la aparición de una verdadera maravilla en los juegos malabares. *Filigrana* hacía su primera salida ante un público que sabría apreciar mejor que el de los lavaderos del río, el verdadero mérito de la nueva artista.

Enrique había distribuido infinidad de localidades entre sus amigos, que eran numerosos, y él también se encontraba en un palco con su mujer y su suegro, el cual le había ya admitido como hijo, pues Amalia había vencido la resistencia del anciano y todos eran felices.

Filigrana hizo prodigios, y gustó su mérito. Estaba hermosa con su traje de gasa y flores, y su cabello admirablemente peinado por la mano de un hábil peluquero. La nueva artista fué calurosamente aplaudida, y al retirarse á su cuarto encontró un sinnúmero de adoradores que la felicitaban. Esta era la vida que ella había soñado: flores, felicitaciones, homenajes de amor, ¡quién hubiera podido dudar que estaba en su centro!...

Aquella misma noche recibió una contrata para Viena, contrata que pasó á cumplir cuando terminó la de Madrid.

UNA CARTA INESPERADA

Cuatro años habían transcurrido, y una tarde que Enrique se encontraba en el jardín de su hotel respirando el embalsamado ambiente que las flores producían, entró su mujer con una carta en la mano. La carta traía el sello de Alemania.

—Toma, Enrique—dijo á su marido entregándole la misiva—esta carta es para tí.

Enrique tomó la carta, y despues de articular un grito de sorpresa, leyó su contenido, que era el siguiente:

«Mi estimado y cariñoso amigo de la pubertad: Mucho tiempo hace que no te doy noticias mías y hoy lo hago para darte las gracias, pues te debo lo mucho que soy en la sociedad. Despues de correr por muchas capitales, llegué á Alemania, donde comencé mis ejercicios; pero no pude cumplir mi contrata porque el opulento duque de Canervil se enamoró de mí, y aunque era anciano, yo le correspondí. Tan prendado estaba de la pobre titiritera, que hace seis meses, al acometerle una mortal enfermedad que le ha conducido á la tumba, quiso darme su nombre, dejándome por heredera de todo su caudal y de su título, pues él notenia herederos obligados.... Por lo tanto, mi querido Enrique, soy la duquesa viuda de Canervil... la bailarina ambulante de los merenderos del río, la infeliz *Filigrana*, la miserable pordiosera que cubría apenas sus carnes con un desgarrado pañuelo de lana; y todo por tí, si no yo hubiera seguido ignorada y á esta hora me vería en el inmundo lecho de un hospital en vez de poseer tres palacios como poseo. Si, Enrique, yo soy feliz; tengo un hijo, al que le he puesto tu nombre. Tú fuistes mi primer amor, y el primer amor de una mujer es siempre sagrado. Bendito sea el día que te conocí y que partí contigo mi pan y mi corazón.

No dudo que tú también serás feliz, porque has sido muy bueno con la pobre titiritera. No dudo tampoco que aquella inocente que se criaba en el lavadero hará ya la delicia de sus padres.

Adios; y perdóname que me atreva á rogarte que consagres alguna vez un recuerdo cariñoso á tu antigua camarada,

«*Filigrana*.»

Esta carta hizo verter lágrimas á los esposos. En efecto, la niña criada en los lavaderos estaba muy hermosa, y en aquel instante al venir hácia su madre con el delantal lleno de flores, las arrojó sobre la carta de la ex-titiritera.

La inocencia saludaba también á la nueva duquesa. La contestación de Enrique fué ésta:

«Mucha ha sido mi alegría al recibir tu carta. Mira si te decía yo bien, mientras hay vida hay esperanza. El cristiano nunca debe desconfiar de la bondad de Dios.»

MARGARITA VAN HALEN Y CORRADI.

LA PRIMERA CANA

Es la duda tan liviana,
que no resuelve el problema:
¿qué representa una cana?
¿fuego ingente que nos quema,
ó muerte, acaso, temprana?

¿La vida está en el color
del cabello que ostentamos,
ó como cuerdos obramos,
si con sereno valor
cualquier matiz aceptamos?

La amable filosofía
nos pretende consolar,
cuando al ver en triste día
la primer cana asomar
sentimos honda agonía.

Pero en vano su consuelo
ofrece resignación,
pues decimos con anhelo:
—¡Por ahí comienza el hielo
y acaba en el corazón!

CONTRASTES

Roto de la bruma el tul
y límpido el horizonte,
una cruz ví sobre el monte,
surgir del éter azul.

Ante el símbolo bendito,
el alma exenta de escoria,
en Dios pensando y su gloria,
vé con fervor contrito.

Otra cruz luégo admiré,
de tu albo cuello colgada
y en ti clavé la mirada,
y mirándote, pequé.

¿Cuál es el secreto arcano
que adivina aquí la mente?
Con la cruz fuí reverente
y con la cruz fuí liviano.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA AMISTAD

SONETO

¡Amistad, amistad! Lazo sagrado
que las almas estrecha con ternura,
y á cuyo influjo cesa la amargura
del corazón que gime atribulado.

Si llega un tiempo en que el destino airado
empaña el claro sol de la ventura,
el buen amigo con afán procura
templar la saña y el rigor del hado.

Pero ¡ay! que la amistad en esta vida
suele ser ilusión, que nuestra mente
mira en la adversidad desvanecida.

Mas si en un alma pura arde ferviente,
es entónces aurora bendecida
que presta alivio al corazón doliente.

JESUS CENILLO.

RECUERDOS

Á LA MUY DISTINGUIDA SRA. D.^a EULALIA FLORES DE GARCÍA

Fulgura el Sol en el zenit, su lumbre
Las plantas y los árboles desmaya,
Contra las negras rocas de la playa
Sus ondas quiebra perezoso el mar.
Reina del aire la gaviota errante
Va por la azul inmensidad cruzando,
Mientras yo triste vago suspirando
Muy lejos de la patria y del hogar.

Busca en vano la mente fatigada
Los bosques de sabinos seculares,
Las ceibas, los naranjos, los palmares,
Que ayer alegre y satisfecho vi.
Y humedecen las lágrimas mis ojos,
Se llena el alma juvenil de duelo,
Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.

Recuerdo alborozado aquellas tardes,
De la Natura y del Amor tesoro,
Cuando el Sol que se oculta en mar de oro
Baña del cielo el nacarado tul.
Y los volcanes cuya eterna nieve
Mares esconde de candente lava,
Y el pico de cristal del Orizava
Que altivo rasga el infinito azul.

Los mangles, atalayas de la costa
Con sus penachos altos y severos,
Los erguidos, sonantes cocoteros
Que fruto y sombra al caminante dan.
Aquellas flores de perpetuo aroma,
Aquellas tan alegres horizontes,
La frente audaz de los soberbios montes
Donde estrella su furia el huracan.

¿Dónde está la caléndula de nieve
Rojos jacintos y purpúreas rosas,
Que buscan las doradas mariposas,
Y besa revolando el *pica-flor*?
¿Do está la blanca garza voladora
Que los juncales en el lago agita?
¿Do está el zenzontle, que dormido imita,
De las vírgenes selvas el rumor?

La brisa de mi patria, cual la brisa
Que los cedros del Líbano atraviesa,
Caliente y perfumada, mueve y besa
Las hojas del florido cafetal.
Sobre eternas campiñas de esmeralda
Brilla en el cielo azul la blanca luna,
Que refleja el cristal de la laguna
En la serena noche tropical.

Allá bajo los toldos de follaje
Que Otoño esmalta con doradas pomas,
Bulliciosa bandada de palomas
Se arrulla triste al espirar el Sol.
La alondra habita los risueños valles
Y cual flores con alma, en los jardines,
Agitan los parleros *colorines*
Sus alas que envidiara el arrebol.

¡Oh vergel de mis sueños! tierra hermosa,
Que guardas mis recuerdos y mis lares,
Queda con Dios tras los revueltos mares:
Yo lejos vengo á suspirar por tí.
Buscando tus estrellas y tus flores
Suspira el alma con profundo duelo,
Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.

Dos aves, hijas de la misma selva,
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido
Que fué su casto y primitivo hogar.
Á tí de los jardines de mi patria,
Flor que tesoros sin igual encierra,
Consagro los recuerdos de la tierra
Que allá quedó tras la extension del mar.

Llevas la luz del trópico en tus ojos,
Y la voz de sus brisas en tu acento,
Su clima en tu ardoroso pensamiento,
Su grandeza en tu propio corazón.
Feliz si el nombre de la patria hermosa
Tus más bellas palabras acompaña:
El nombre de la patria en tierra extraña
Es un poema, un himno, una oración.

JUAN DE DIOS PEZA.

DAMA VENECIANA

DEL SIGLO XVI

Retrato de una dama principal de tiempos pasados, no tiene ya más interés que el del arte el grabado que publicamos en la primera página de este número; y el artista Becker, que lo ha reproducido, no aspira más que al lauro, bien merecido por cierto, de la corrección y pureza del dibujo. Si el fondo no tuviera un tono tan sombrío, pudiera ser también interesante su trabajo para la indumentaria. De cualquier modo es una bella obra de arte.

UNA ROSA EN PELIGRO

El sol con sus rayos de oro brillaba al través de las hayas y de los tilos que circuyen el magnífico castillo del conde de B., en una de las más hermosas ciudades de Sajonia; las flores derramaban un perfume delicioso, las nubes templaban el excesivo esplendor del día, y las estatuas casi desnudas de la terraza tenían el derecho de mostrarse en aquel traje, porque la mañana era sobrado cálida. Una rosa tiene más atractivo en tales circunstancias, y más aún cuando sirve de adorno á una linda jóven. Así lo pensó de repente el conde, hijo del dueño de aquel castillo, el cual estaba entonces leyendo los idilios de Müller, que relatan tiernas historias de amores, mientras pasaba á su alcance la guapa camarera de su madre, á pesar de que no tenía ninguna necesidad de entrar en aquel gabinete. No es de extrañar que el conde dejara caer el libro, y fuera á estrechar con un brazo el esbelto talle de la doncella y tratara, con la mano que le quedaba libre, de robarle la rosa. Floreta fingió ruborizarse bajando los ojos, y se lo estorbó; pero cuidando de no lastimar las manos del conde. Entre tanto miraba al jóven á hurtadillas y con ternura, estrechándole el brazo cariñosamente en ademán de desasirse. Pero al punto se abrió la puerta y oyóse crujir la bata de seda de la condesa. Preciso era dejar que el conde tomase la rosa. El atrevido la tomó y Floreta se acercó á la condesa con aire respetuoso y recatado, diciéndole: ¿Quiere usted, señora condesa, que le traiga el manto para pasearse en el parque?

LA FLORERA DE TRIESTE

Aunque en España, país de las flores, y dentro de España, en Andalucía, Eliseos de los tiempos mitológicos, está la florera típica, prototípica, no deja de ser gracioso el tipo de la florera triestina que publicamos en la pág. 229 de este número. Á lo menos como dibujo es una obra notable, y Gustavo Schauer debe, en este concepto, estar satisfecho de su obra. Los aficionados á flores deben también estarlo de la florera, cuyo rostro púdico, intacto y gracioso es una flor.

NOCHE TOLEDANA

Una noche toledana es una noche de aventuras, de amores, de desórdenes, de estocadas, y muy más *in illo tempore*, que pudiéramos llamar de *capa y espada*. Hé ahí, pues, el asunto que ha inspirado á nuestro gran artista Balaca para la preciosa composición del cuadro que ofrecemos en la pág. 232 de este número. Si gallardamente fué imaginado el asunto, no con menor gallardía fué desarrollado el concepto. Ved la actitud, el movimiento, la intención del único personaje en acción ya, después de haber muerto á un rival y herido al otro que cae descoyuntado; ved el escorzo de esa mano diestra, tan siniestra para su víctima infeliz. Y en medio de ese movimiento del que hiere y del que cae; ved al muerto que bien muerto está. No hay que descender á detalles ante figuras tan magistralmente creadas, aunque todo es aquí primor de arte. Después de todo, y esto es el sello del cuadro, el *aliquid divinum* del genio, impalpable, pero que está en toda la composición, así como la flor, huele á flor, la Noche toledana tiene su aroma, olor, color, sabor á época. Y es tan modesto Ricardo Balaca que después de tales creaciones, cree él sinceramente que no vale tanto lo que hace.

RETRATO DE CERVANTES

Rindiendo justo tributo de admiración y respeto á la gloriosa memoria del famoso autor del *Quijote*, á cuya muerte todas las musas lloraron, bien que no llorara nadie los enojos y penas y miserias de su desdichada vida, publicamos hoy en su triste aniversario el magnífico retrato que aparece en la pág. 233, copia tan exacta como artística de un original auténtico, debida al lápiz de García y al buril de Gómez.

JÓVEN RUMANA

EPISODIO DE LA GUERRA DE ORIENTE

Fijos los ojos del rostro allá en remoto y vago punto del horizonte, y más allá todavía los ojos del alma ansiando ver á su amor, perdido entre los mil y mil azares de la guerra que vienen á reducirse á dos, á uno solo en el corazón de la amada, la derrota ó la victoria, la muerte ó la vida, está en situación y carácter por su actitud y expresión la hermosa jóven rumana que ofrecemos en la pág. 236. No ha sido la intención del artista hacer una obra de empeño; pero ha hecho una figura simpática, dando forma tan expresiva como bella á un suspiro que lleva todo el calor de los grandes sentimientos.

MANICOMIO DE LEGANES

Pueblo pequeño y humilde de la provincia de Madrid, Leganes tiene cierta celebridad por su manicomio ó casa de locos. Muy bien situado sobre una ondulación del terreno, disfruta de buenas vistas, aires y aguas, debiendo sin duda á tan favorable situación el establecimiento que le da fama. Es, en efecto, el manicomio de Leganes uno de los más notables en su género por su capacidad, buena distribución, condiciones higiénicas y orden disciplinario y administrativo. Vista del edificio es el grabado de la propia página.

ANTONIO ROBERT

D. Antonio Robert y Morera era uno de esos hombres que por su carácter, por sus actos y costumbres, se atraen la estimación de cuantos les rodean, y por su talento, imponen consideración y respeto, pues son útiles para sí y para los demás.

Robert cursó la carrera de Maestro de Obras en la Academia de Barcelona, siendo el primer facultativo que salió de aquella escuela, después de su creación, obteniendo el título de tal en 1.^o de Abril de 1854. Su laboriosidad, su aplicación y genio artístico, llamó la atención de sus profesores y condiscípulos; su gusto, sus bellas concepciones, la gallardía de su lápiz y la limpieza y perfección de sus dibujos indicaron una singular disposición para el arte arquitectónico.

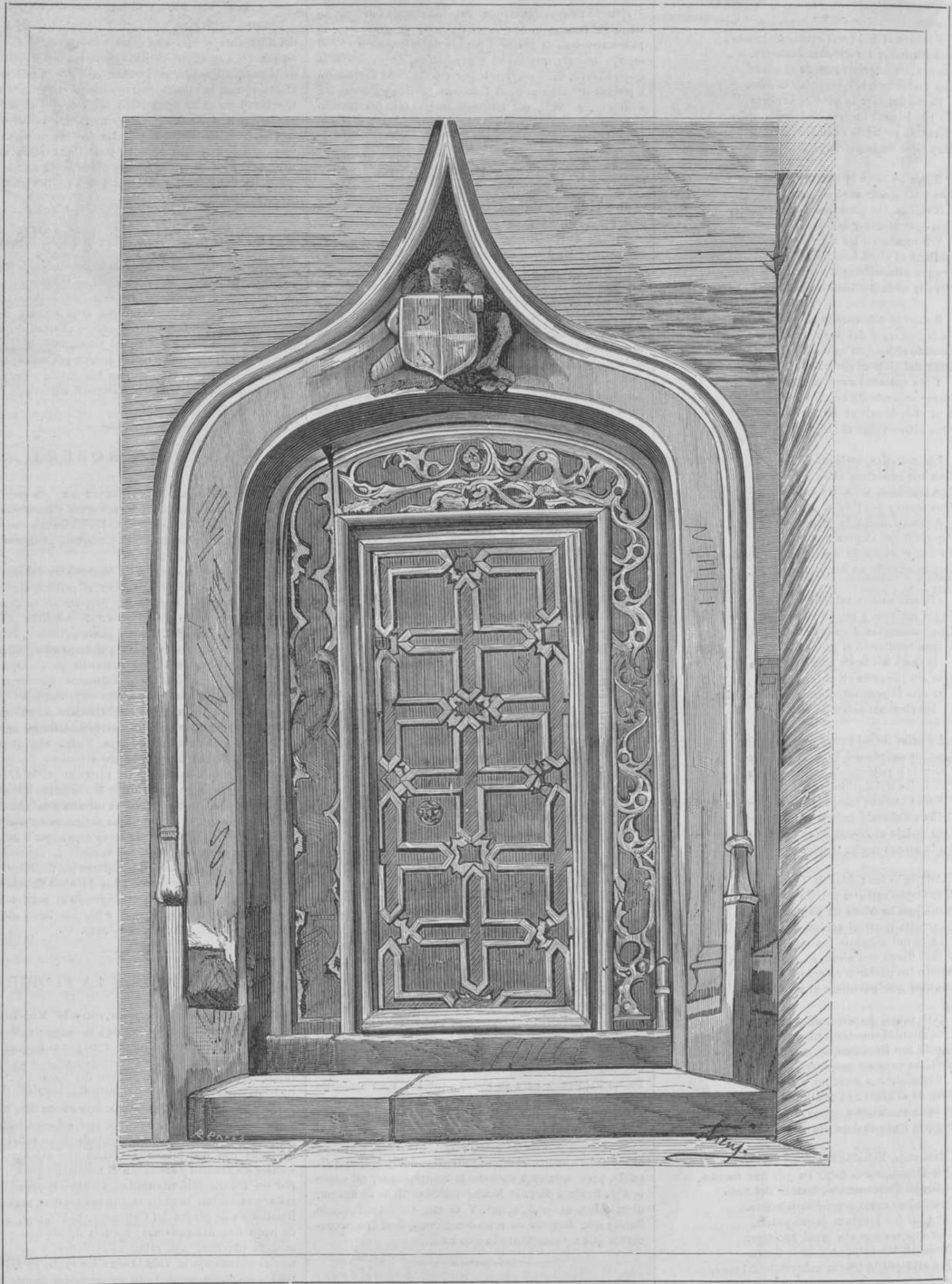
Apénas había entrado en el ejercicio de su carrera, demostró prácticamente á sus admiradores que sus juicios no habían sido erróneos. Todas sus obras son muestras fehacientes de su gusto artístico.

Robert, el entusiasta por el progreso de la arquitectura, el conocedor profundo y distinguido artista, en otro país podría haber llegado á ser una gloria nacional; pero el monopolio de las obras artísticas de cierta importancia concedido por las leyes españolas á una sola clase de profesores, cortó su vuelo y le encerró en el estrecho círculo de sus admiradores particulares.

Murió tan insigne artista á los 51 años de edad, sin haber sabido explotar en este mundo el mérito de que otros quizá se aprovecharon, y por eso llevó sólo á la tumba el modesto lauro del talento.

SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

Hállase situada esta ermita entre la Moncloa y la Montaña del Príncipe Pío, frente á la cuesta de Areneros. Fué erigida como tal ermita en 1720 por el Resguardo de ventas reales, y se hallaba cubierta de estucos en todo su interior; pero con la construcción del camino del Pardo hubo de destruirse en 1768, habiéndose reedificado algunos años después. El templo que hoy existe data de fines del pasado siglo, y corresponde por su arquitectura al gusto de la época. Consta su fachada de un solo cuerpo, decorada con dos pilastras góticas que asientan sobre zócalos de granito y sostienen el cornisamento coronado por un frontispicio triangular, en cuyo tímpano se ven las armas reales: la portada, con sus jambas, ménsulas y fronton, es de piedra del Colmenar. El interior, aunque de pequeñas dimensiones, no deja de ser bello; forma crucero adornado con pilastras corintias, y cerrado por una graciosa cúpula, viéndose en los vanos de las puertas frontispicios semicirculares de buena forma. El retablo mayor es de mármoles, y en la hornacina del centro está la imagen de San Antonio de Padua, labrada por Gines. La cúpula y bóvedas de este templo están pintadas por Francisco Goya, llamando la atención hermosísimos ángeles, cuyos rostros díz que son verdaderas efigies de damas principales de la época. Tiene fama este santuario, á lo menos en Madrid y su provincia, por la tradicional y alegre fiesta de romería que se celebra en él anualmente el día del santo titular. El grabado de la pág. 237 es una vista de este santuario.



PUERTA SUPERIOR DE LA ESCALERA DEL PALACIO DE MOSSEN SORELL EN VALENCIA

DIBUJO DE ASENJO
DIRECTOR DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE VALENCIA